

SS
SERVICIO SECRETO

A. ROLCEST

EL ASESINO BLANCO

EL ASESINO BLANCO

A. ROLCEST

EL ASESINO BLANCO

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 16169 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 5666/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
712 — Pasaje para la muerte. 717 — Toda una dama.

En Colección BUFALO:
404 — Magos del "Colt". 427 — El látigo dorado.

En Colección SERVICIO SECRETO:
580 — El tributo del desierto. 584 — Huellas en el mar.

En Colección PANTERA:
71 — Arenas malditas. 78 — Honderos de fuego.

En Colección TEXAS:
253 — Sonrisa "Colt". 258 — Horas sin ley.

En Colección CALIFORNIA:
258 — Pacto en la tumba. 272 — Llamó el plomo.

En Colección COLORADO:
200 — Manos marcadas. 215 — Alúd de plomo en el valle.

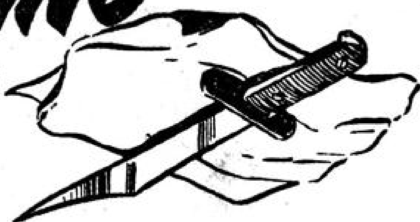
En Colección KANSAS:
180 — La muerte señala. 187 — La horca puede esperar.

En Colección ASES DEL OESTE:
136 — La imposible retirada. 140 — Bajo el signo del odio.

En Colección BRAVO OESTE:
28 — La reunión de las furias. 43 — Un Dandy entre vaqueros.

El asesino blanco

por A. Rolcest



CAPÍTULO PRIMERO

Dave volvió la cabeza para mirar a la pista. No tuvo necesidad de buscar mucho. La acompañante de Bud Laskey parecía una antorcha encendida en medio de las demás parejas.

Su espléndida escultura se revelaba a través del tenue vestido y cuando las evoluciones del baile hacían que estuviera de frente, Dave veía un óvalo perfecto, con el corte acentuado por el rímel, de unos ojos de trazo asiático y una boca pequeña, encarnada, con el labio inferior un poco adelantado en el que parecía asomar algo desdeñoso.

Durante unos momentos permaneció abstraído, contemplando a la mujer que acompañaba a Bud Laskey. De pronto reaccionó, y miró un poco azorado a las dos jóvenes que tenía sentadas a su mesa.

Pero entonces se dio cuenta de que tanto su hermana Ruth, como la joven japonesa Hoyoda, permanecían muy intrigadas mirando a la beldad china.

—Reconoced que mi amigo sabe escoger bellezas que intrigan incluso a las mujeres tan hermosas como vosotras —rio Dave.

—¡Tu dichoso amigo Bud! —exclamó Ruth, la bella rubia de espléndidos ojos verdes—. Te has pasado la vida admirándolo.

—Es que lo merece —contestó Dave.

Y se levantó, tan pronto se encontró con los ojos vivos, llenos de alegría, de Bud Laskey. Este se inclinó al oído de su pareja y sin casi darle tiempo a que ella pudiera percatarse de lo que le había dicho, dejó de bailar y cogiéndola del brazo fue al encuentro de Dave.

—¡Muchacho...!

—¡Tremendo Bud!

Se abrazaron golpeándose la espalda. La atención que hasta aquel momento se había mantenido sobre la llamativa belleza de la dama asiática, quedó concentrada en los dos hombres, que pese a la severa elegancia del “smoking”, parecieron instantáneamente convertidos en dos desaliñados soldados, llenos de dicharachos y risotadas.

—¡Eling! —exclamó Bud, dirigiéndose a la bella mujer china—. ¡Este es el admirable muchacho de que tantas veces te he hablado!

Ella concentró sobre el rostro de Dave una mirada lenta, que turbó a Dave. Saludó torpemente.

—Pero veo que no estás solo —dijo Bud, mirando a la mesa de donde Dave se había levantado, en la que se encontraban Ruth y Hoyoda.

—Son mi hermana y una amiga.

A Bud no pareció extrañarle.

—¿Hace mucho que os encontráis en Tokio?

—Dos días —contestó Dave—. ¿Tú sigues en el ejército?

—Oh, no.

—¿Pero en la aviación?

—Tampoco... Yo cerré una época de la aviación. Los diez hombres que manejábamos las superfortalezas en la pasada guerra, no podían perder su cara de alelados al verse reducidos a tres con los “B-47”.

—¡El “B-47!” ¡Eso pasó también! —rio Dave.

Las dos jóvenes se habían levantado, dispuestas a marcharse. Dave las presentó. El saludo fue glacial.

—¿Dónde os alojáis? —preguntó Bud.

Dave indicó con el gesto a la joven japonesa, queriendo dar a entender que en su casa. Bud aprovechó el momento para mirar detenidamente el rostro de Hoyoda.

—Es una belleza interesante —comentó, muy bajo, dirigiéndose a Dave.

—¡Pues la que tú llevas! —replicó su amigo.

—Es distinto... La japonesita parece una muñeca. ¿La conoces de mucho tiempo?

—Desde niña. Se crio en nuestro país. Es hija de un ex diplomático.

En el momento en que se disponían a llamar un coche de alquiler, la pareja de Bud, la bella china dijo:

—Háganos el honor de subir a nuestro coche...

Dave aceptó, antes de que su hermana y la japonesita tuvieran tiempo de decir nada.

Por primera vez los ojos de Ruth miraron con recelo a su hermano. Se le acababa de ocurrir que el encuentro de Bud y la mujer china con ellos, no había sido casual.

Sin embargo, no se opuso a ir en el coche de la bella asiática.

Un magnífico coche apareció de pronto en el bordillo de la acera. Un chofer uniformado, de rasgos asiáticos, se apeó apresuradamente y abrió la portezuela posterior.

—¡Vaya! —exclamó Dave, contemplando la soberbia carrocería—. ¡Digno de un hombre de negocios como tú, Bud…!

—Todavía no he llegado a esa categoría —contestó Bud riendo—. Pertenece a la señora Darrow —concluyó, aludiendo a Eling.

Las tres mujeres se acomodaron atrás. También Dave. Bud, al lado del chofer.

El coche arrancó y enseguida se hundieron en la baraúnda de la Ginza, en la que el continuo ir y venir de vehículos, los cuchillazos de luz de los faros, las iluminadas fachada de tiendas, cinematógrafos y clubs, en las que el neón se retorcía en crepitante y policromada hoguera, borraban en el ánimo del espectador la ya vaga sensación de hallarse en Extremo Oriente.

Ya cerca de la desembocadura del Sumida, enfilaron una avenida paralela al río. Los faros del coche empezaron a arrancar de la oscuridad retazos de un Tokio miserable, con cicatrices de la pasada guerra.

El coche se detuvo.

—Hemos llegado —dijo Dave, abriendo la portezuela y apeándose.

Ayudó a descender a Hoyoda. Iba a hacer lo mismo con su hermana, pero ya Bud había descendido y abierto la portezuela del lado contrario, que era la que cogía más cerca a Ruth.

Se habían detenido frente a un jardín amurallado. A muy pocos pasos estaba la puerta de hierro que daba acceso a la finca. A excepción de los potentes faros del coche, en los alrededores no se veía ninguna luz.

Dave se despidió de la joven china, quien se quedó en el coche, y cogiendo a Hoyoda de un brazo, echaron a andar, en dirección a la puerta de hierro.

Cruzaron la ancha franja de luz proyectada por los faros. Por el otro lado del vehículo avanzaron Ruth y Bud. En el momento en que llegaban a la cabeza del coche, faltándoles solamente unos pasos para reunirse con la otra pareja, irrumpió por el lado derecho

el ruido de un motor arrancando bruscamente.

Al mismo tiempo, dominando los desaforados mugidos del extraño coche que aún estando a punto de arrancar mantenía los faros apagados, sonó una descarga.

Ruth vio la raya de luz y advirtió el silbido de las balas. Apenas a tres pasos de ella vio a su hermano levantar los brazos, al mismo tiempo que las piernas se le doblaban.

Cayó junto con Hoyoda, contra el ángulo que formaba el muro del jardín.

Antes de que Ruth tuviese tiempo de reaccionar, se sintió empujada violentamente contra la carrocería del coche del que acababan de apearse.

—¡Quieta aquí!

Era Bud quien la tenía cogida del talle, obligándola a agacharse junto al estribo. Tan pronto Bud consiguió quitarla de la línea de tiro, avanzó agachado, cubriéndose con la caja del motor.

El chofer había apagado los faros. Colocándose en cuclillas junto a una rueda delantera, Bud hizo tres disparos de pistola en la dirección en que se vieron los primeros fogonazos.

Nadie contestó. La vibración del motor se oía ahora lejos, hasta que se extinguió del todo. Ni aun hallándose a gran distancia se encendió ninguna luz.

Bud se lanzó al sitio en que Dave y la japonesa habían caído. Tras de él fue Ruth. Al inclinarse sobre su hermano, lanzó un grito.

Los faros del lujoso coche se encendieron, y de nuevo el grupo quedó dentro del luminoso haz. El chófer y la joven china se apearon.

Ruth se había arrodillado en tierra y mantenía contra su pecho la cabeza de su hermano. Estaba muerto.

La japonesa todavía alentaba. Tras la muralla que circundaba el jardín se oyó ladrar un perro.

En lo alto se proyectaron manchones claros, como proyectados por ventanas que de repente eran iluminadas.

La puerta de hierro gimió, y aparecieron tres hombres, dos de ellos muy jóvenes.

El más viejo avanzó delante. Los tres vestían quimono.

A una señal del viejo los dos jóvenes se precipitaron a quitar de las manos de Bud y del chofer el cuerpo de Hoyoda, que en ese momento se disponían a levantarlo del suelo.

Bud no opuso resistencia a aquel relevo. Su preocupación era Dave, y su hermana, que seguía estrechándolo contra su pecho.

—¡Déjelo, Ruth! Yo lo llevaré dentro...

—¡No, no! ¡Mi pobre Dave! —sollozó la muchacha.

Bud tuvo que forcejear con ella, hasta que consiguió que soltara el cuerpo de su hermano. Entre Bud y el chófer cogieron el cadáver y marcharon tras el grupo que transportaba a Hoyoda.

El viejo iba delante de todos, sin volver una sola vez la cabeza, como si ya estuviera seguro de que todos le seguirían.

Apenas se oían los pasos. En último término iban Ruth y la joven china. Eling sintió varias veces la tentación de coger a la yanqui de un brazo, pero en el último momento desistía, como si temiera una dura repulsa por parte de la norteamericana.

Atravesaban el jardín. El sendero clareaba en la oscuridad. Allá delante destacaba un edificio achatado, con varias ventanas iluminadas.

Cuando el grupo de Bud entró en la casa, el viejo acababa de designar el sitio en que debía ser colocada Hoyoda.

Al entrar Bud con el cadáver de Dave, el viejo japonés pareció acusar desconcierto, como si solamente entonces tuviera idea de que había habido otra muerte.

Durante unos instantes todos quedaron inmóviles, como ausentes del trágico momento.

—¿Hay teléfono en la casa? —preguntó Bud.

El viejo asintió, indicando con una leve reverencia el lugar donde se encontraba el aparato. Ya tenía Bud el auricular en la mano cuando el japonés preguntó:

—¿Va a llamar al doctor o a la policía?

—A ambos a la vez.

Iba a efectuar la llamada, cuando se volvió de cara al viejo.

—¿Quién es usted? —preguntó Bud.

El japonés había ocultado las manos en las anchas mangas del quimono. Inclinó la cabeza al responder:

—Nohiro Shumis…

—¿Familiar de Hoyoda, acaso?

—Su padre.

Bud soltó el auricular. Dio un paso hacia el viejo y lo cogió de un brazo.

—¿Cómo se muestra tan frío? ¿Por qué esa impasibilidad? ¿No ve que su hija se muere?

Bud estaba frenético. La tensión del momento buscaba escape, dirigiéndose a aquel hombre.

El viejo siguió con las manos ocultas, y sin levantar la cabeza, dijo:

—Mi hija ya ha muerto.

Bud corrió al sitio en que había sido acostada Hoyo da.

Efectivamente, ya estaba muerta…

* * *

—De momento hemos terminado —dijo Bud al entrar en la habitación donde se encontraban la bella china y la yanqui.

En la habitación inmediata se hallaba un jefe de la policía militar norteamericana, asistido por un inspector japonés…

Bud acababa de prestar declaración. Las dos mujeres ya lo habían hecho.

Ahora era el chofer de Eling quien estaba con los policías.

Ruth parecía de piedra, sentada en un rincón de la estancia. Todavía llevaba el traje que lució en el club nocturno, convertido ahora en una dramática túnica, llena de manchas de sangre.

Al oír a Bud, Ruth fue recobrándose poco a poco. Volvió la cabeza en la dirección en que se encontraba él, y los ojos verdes, un poco apagados, adquirieron súbitamente una luz vivísima.

—¿No le han detenido? —preguntó sordamente.

Bud hizo un gesto de perplejidad.

—¿A mí?

Una amarga sonrisa se trazó en los labios de Ruth.

—No es extraño… Un hombre de “negocios” dispone de muchos recursos.

Cada vibración de su voz parecía contener un vidrio. Ruth se incorporó bruscamente, y atenazando a Bud con una mirada llena de dureza, exclamó:

—¡Usted no quería a Dave!… ¡Y él lo creía su mejor amigo…!

—Y no se equivocaba…

—¡Qué sarcasmo!… ¡Usted lo ha sacrificado fríamente…!

La reacción de Bud fue volverse y mirar a Eling. Pero la joven china se había sentado, y parecía abstraída.

—Cálmese, Ruth —dijo él, extendiendo una mano amistosa.

Ruth dio un salto hacia atrás y con tal fiereza se le quedó mirando, que Bud permaneció unos momentos sin saber qué decir.

De pronto la mirada de Bud se volvió fría, contemplando a la joven yanqui. Era como si instantáneamente se hubiese transformado en otra mujer.

El costoso vestido que llevaba Ruth, exageradamente escotado, dejaba casi desnudo su busto. Sobre su piel morena destacaban fuertemente las manchas de sangre.

Tenía la cabellera deshecha, con mechones que le cortaban las

mejillas y se le anudaban a la garganta. El rostro desencajado, con la llama inexorable de sus ojos, desmesuradamente abiertos, llenos de rencor.

—¿En qué se funda para arrojarme a la cara una acusación tan brutal? —preguntó fríamente Bud.

—¡Usted sabía lo que iba a ocurrir! ¡Usted y su "amiga!" —prorrumpió, ronca, abarcando con una fiera mirada a Bud y a Eling.

La joven china siguió inmutable en su asiento. Bud avanzó unos pasos hacia la yanqui.

—¿Qué quieres dar a entender?

—Que usted sabía que a mi hermano lo perseguían... ¡Ustedes se empeñaron en que fuéramos en su coche!

—¿Qué tiene eso de malo?

—¡Dejaron que Dave y Hoyoda se apearan primero!

Bud cogió a Ruth fuertemente de los hombros.

—¿Se ha vuelto loca?

Ella dio una violenta sacudida, pero no consiguió soltarse. Entonces, levantando el rostro para que sus pupilas pudiesen asaetear mejor los ojos de Bud, preguntó:

—¿Le he dicho a la policía que llevaba usted pistola?

—No he tenido inconveniente en hacerlo. ¿Por qué?

—¿No les ha chocado que usted fuera a una fiesta armado?

—Nos encontramos en un país ocupado donde existen muchos enemigos nuestros.

—Dave iba desarmado —replicó Ruth ásperamente.

—Me temo que no haya sido eso lo peor —comentó Bud, pensativo.

—¡Dave era demasiado noble para pensar que un soldado necesitase armas en la retaguardia!

—El Japón no es una retaguardia. A dos pasos está el vivero coreano. Y es en la plataforma japonesa donde confluyen corrientes mortalmente opuestas. Oriente y Occidente cruzan aquí sus espadas, en una esgrima sorda...

La alusión a Oriente puso en la mente de Ruth la idea de aquella enigmática "señora Darrow". Se volvió a mirarla, inquisitiva.

La joven china parecía estar esperándola.

—Siento mucho lo ocurrido a su hermano... Pero debía usted procurar que su dolor no la llevara a excesos lamentables —manifestó Eling, en correcto inglés, y en un tono impresionante y glacial.

Ruth se irguió, desafiante, como si el que una asiática se hubiese

permitido aconsejarla, significase la mayor vejación que pudieran haberla inferido.

—¿Cómo se permite?… —prorrumpió Ruth, ahogándose por la pasión con que se expresaba.

La joven china no pareció oírla. Con una impasibilidad asombrosa, fue volviéndose, en perfecto dominio de todos sus músculos, e incluso de sus palpitaciones, y dijo, mirando a Bud:

—Creo que ya debías hablar.

Bud no pareció comprenderla.

—¿Hablar qué?

En Eling parecía haberse operado una profunda transformación. Su aire displicente, aquel estudiado abandono con que apareció en el club nocturno, había dejado paso a una actitud grave, de fría irritación.

—Es necesario que me justifiques ante esta señorita.

—¿De qué modo? —inquirió Bud.

—Diciéndole que yo he sido la primera víctima de tus habilidosas mentiras.

Los ojos de Bud miraron pasmados a Eling.

—¿Qué desatinos estás diciendo?

—Tú sabes que no es desatino, Bud —replicó la bella oriental, imperturbable—. Hace ocho días que me encuentro en Tokio y solo esta noche se te ha ocurrido venir a verme. Tú no ignorabas en qué hotel me alojaba…

—Estos reproches ahora sobran —dijo Bud—. Cuando fui a invitarte no haber aceptado.

—No pensé que pudieras llevarte un doble juego. Me he dado cuenta cuando aparecimos en el club donde se encontraba esta señorita.

Bud se cruzó de brazos, mirando a Eling de arriba abajo, sonriendo sardónico.

—¿Qué pretendes con esto?

Pero la bella china no atendió su pregunta. Siguió con lo que ya tenía decidido decir.

—Hace tiempo que te separaste de mí con frases humillantes…

—No creo que a esta señorita pueda interesarle.

—Yo pienso lo contrario. Tus ofensas de entonces las he recordado cuando me he dado cuenta del trágico juego que llevas entre manos.

Eling avanzó hasta situarse ante Ruth.

—El encuentro con ustedes no ha sido casual —prosiguió, con un ligero temblor en la voz.

Ruth hincaba en la oriental los ojos verdes, de un fulgor inquietante.

—Siga —pidió.

—Antes de decidirnos a entrar en el club donde ustedes se encontraban, Bud telefoneó. Al salir de la cabina fue cuando pareció tener decidido ir al club de ustedes. ¿Comprende? Telefoneó para orientarse dónde estaban ustedes.

Bud se había situado en un ángulo de la habitación. Seguía con los brazos cruzados. Ahora su rostro expresaba ironía.

—¿Qué más, Eling?

La fina voz de la mujer china acusó una carga de rencor.

—Me has utilizado para acercarte a esta señorita.

—¡Qué tontería! —rio Bud—. ¡Pero si su hermano y yo éramos íntimos amigos...!

—Presentarte tú solo no hubiera tenido la teatralidad que tú deseas para tus cosas... Además —Eling se interrumpió intencionadamente.

Bud adivinó que lo hacía para que lo que se proponía decir adquiriese mayor relieve. Y él mismo se prestó a ayudarla.

—Di lo que sea. No vaciles, cosa que dudo.

—No vacilo... Nunca he vacilado en nada —contestó Eling, erguida, el busto adelantado, dejando que el vestido plasmara la belleza de su cuerpo.

Era como un duelo de dos concepciones de la misma belleza, de Oriente y Occidente, de dos mujeres igualmente jóvenes.

—Creo que en el grupo de esta señorita había “alguien” a quién tú no querías poner sobre aviso —dijo Eling.

—¿Te refieres a Hoyoda?

—A ella misma.

Ruth, poco a poco había ido retrocediendo hasta situarse en un sitio desde el que podía abarcar a los dos con la mirada.

Al oír el nombre de Hoyoda avanzó intrigada, hacia Eling.

—¿Qué tiene que decir de Hoyoda?

Ni Eling ni Bud contestaron. La joven yanqui se revolvió, como si de pronto se sintiese dentro de una trampa.

—¿Qué me ocultan ustedes?

Su mirada reflejaba tal espanto, que Bud perdió el gesto de burla. Ruth, tras unos instantes en que apareció como anonadada, se lanzó hacia la puerta que daba acceso a la habitación en que se hallaba la policía.

—¿A dónde va? —preguntó Bud.

Ruth apareció magnífica, encastillada en un gesto de triunfo.

—¿A dónde voy? —preguntó, lentamente.

Sus ojos resplandecían y su despeinado cabello era un girón de oro cercando el medallón del rostro, cuya palidez se había trocado en bronce oscuro.

Su hermoso cuerpo revelábase bajo el tenue vestido, como una escultura cuya túnica simulara ceñirse a los contornos por la acción de un fuerte viento.

—Usted acaba de preguntarnos qué le ocultamos —dijo Bud—. ¿Por qué se marcha?

—No me voy. Es que considero tan interesante lo que ustedes van a decirme, que deseo que otros participen de este espectáculo —contestó Ruth, sardónica.

La joven oriental avanzó unos pasos hacia la yanqui.

—Si lo que se propone es que la policía tome parte en nuestra conversación, no lo haga —dijo Eling, procurando un tono convincente.

—¿Teme usted? —preguntó Ruth, cada vez más incisiva.

—En absoluto. Pero lo considero inútil —dijo Eling, encogiéndose de hombros—. La policía conoce muy bien las intenciones de Bud.

Se calló y lentamente, ondulante, fue hacia Bud.

—Bud Laskey es también policía.

Lo dijo despacio, redondeando cada sílaba en tanto sus ojos oblicuos atenazaban los de Bud. Parecía que fuera algo muy meditado lo que acababa de decir. Algo muy trascendente y cuyes efectos fuesen una intrigante incógnita para ella.

Tan pronto Eling hubo hablado se quedó en ansiosa expectación, buscando en el rostro de Bud cualquier contracción de músculos que revelasen el efecto producido.

Pero exceptuando un ligero aumento de luz en los ojos de Bud, nada más pudo captar. Eling dio un paso atrás, sin apartar la mirada de los ojos de Bud.

La impasibilidad con, que él había aguantado el golpe que ella seguramente consideraba fulminante, la desconcertaron. Por unos instantes ella pareció dudar de sí misma.

Súbitamente reaccionó con violencia.

—¡No trates de negar, Bud! ¡Eres policía!... ¡Y yo lo sabía ya *entonces,* cuando escupiste mi raza...!

CAPÍTULO II

El rostro de Bud acusó una leve contracción. Mirando a Eling con gesto conmiserativo, manifestó:

—Debe tranquilizarse, “señora Darrow”... Procure el mismo control de nervios que antes pedía a Ruth.

Repentinamente, del trato excesivamente familiar con que se había comportado toda la noche, pasaba a una actitud tan respetuosa, que en los oídos de Eling sonó como una burla.

—Dominaré mis nervios, Bud, puedes estar tranquilo. Mi raza sabe soportar pacientemente vuestros puntapiés... Pero puedes estar también seguro de que mi marido no ignorará quién eres tú. Ya entonces debió saber qué clase de amigo era su compatriota.

Esto pareció afectar a Bud. Hizo acción de coger a Eling, pero ella, al darse cuenta de que pisaba terreno firme, se creció.

—Todo en ti fue falso, cuando apareciste en Hong-King —continuó Eling—. La persecución de que decías ser objeto. El oscuro negocio en que decías hallarte metido, también era falso... Lo único cierto eran los dos balazos que atravesaban tu cuerpo.

—Luego algo había de verdad —comentó Bud, irónico.

—Pero no era la policía la que te había herido, como hiciste creer a mi esposo. Ni aún agonizante olvidaste tu condición de sabueso. Utilizaste aquel percance para introducirte en nuestra casa. Mi esposo te creyó...

—Tú también...

—¡No! Antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas, ya sabía toda la verdad.

—Me sorprendes, Eling —dijo, mordaz.

La oriental hizo un gesto desesperado. Durante unos segundos pareció que fuera a lanzarse sobre Bud.

—Ya entonces empezaste a valerte de mí —continuó ella.

—¿Crees conveniente exponer eso delante de esta señorita?

—¡Sí! ¡Quiero desenmascararte en su presencia! —contestó, con inusitada pasión—. Estoy segura de que tú no ignorabas que se iba a producir este asesinato.

Ruth ahogó un grito. Sus finas manos quedaron convertidas en dos zarpas convulsas con las que sujetaba un brazo de Bud.

—¿Es eso cierto? ¿Usted sabía que iban a matar a mi hermano?

Bud sostuvo la mirada de la joven yanqui.

—Lo único que sabía era que la misión que le había traído a Tokio peligraba.

—¡Pero Dave estaba disfrutando de un permiso!

—No, Ruth. Cuando él le envió un radiograma anunciándole la proximidad de un permiso, era cierto. Pero desde entonces hasta esta noche, hubo muchos cambios.

—¿En qué sentido?

—El mismo día que usted llegó a Tokio, su hermano tenía que salir para los Estados Unidos. Su misión era informar a los técnicos sobre un nuevo aparato, ensayado sobre Corea…

—¿Por qué a la vista del enemigo?

—Ese aparato fue seguido por otros del enemigo. La competencia que se buscaba, fue conseguida. Su hermano tenía que informar al Mando sobre la experiencia obtenida. Tenía que trasladarse a Washington, el mismo día que usted llegó… Y se le concedió un aplazamiento, en atención a usted. ¿Nada le dejó entrever de ese viaje?

—Nada —contestó Ruth.

—¿Qué tiempo le dijo que duraría el permiso?

—No lo concretó.

—Pasado mañana Dave le hubiera anunciado que se trasladaba a Washington.

Tras un breve silencio durante el cual Ruth pareció estar debatiéndose en una desesperada lucha, Bud preguntó:

—¿Por qué se alojaban ustedes en esta casa? ¿Por qué *precisamente* en esta?

—Esta casa es la de Nohiro Shumis, padre de Hoyoda.

—¿De qué tiempo procede su relación con esta familia?

—De hace muchos años. De cuando vivíamos en Washington. El padre de Hoyoda desempeñaba un cargo en la Embajada.

De pronto Ruth reparó en que de fiscal había pasado a la insólita situación de interrogado. Quiso rebelarse:

—¿Con qué derecho me pregunta usted?

—No le extrañe —intervino Eling, en tono incisivo—. Bud utilizará todos los recursos hasta conseguir hacerla su aliada.

—¡Basta, Eling! —cortó Bud, con súbita energía. Luego, bajando la voz—: En este momento el dueño de esta casa y padre de una de las víctimas está siendo estrechamente interrogado. Si todavía mantiene usted la idea de que los agresores dispararon contra su hermano porque lo confundieron conmigo, deséchela…

Sonaron unos golpecitos en la puerta. Bud fue a abrir.

Un policía nipón y otro norteamericano le esperaban. Antes de

salir Bud se volvió a mirar a las dos mujeres. Nada les dijo.

Se marchó, seguido de los dos policías. Cruzaron un largo corredor, hasta llegar a la habitación donde se encontraban los dos cadáveres.

Al abrir la puerta, dos hombres que había dentro interrumpieron lo que estaban haciendo. Eran de mediana edad. Uno muy alto. El otro, de regular estatura, bastante grueso.

A una indicación del más alto, los policías que habían acompañado a Bud se retiraron, cerrando la puerta.

—Bud: ¿Está usted seguro de que después de los disparos no ha habido lucha? —preguntó el que había mandado a los policías que se retiraran.

—Completamente seguro, coronel Fadner. ¿Por qué?

—Acérquese. El doctor tiene algo que decir.

El doctor Logan, el hombre más grueso, echó a andar hacia el extremo de una habitación donde sobre una mesa se adivinaban dos cuerpos humanos tendidos, cubiertos con una sábana.

Bud y el coronel marcharon tras el doctor. Este, al llegar a la mesa permaneció unos segundos observando el relieve que se acusaba en la sábana.

En tanto sacaba los lentes y los limpiaba fue dando la vuelta lentamente, hasta situarse al otro lado de la mesa.

—Una de las víctimas presenta señales evidentes de haber sido violentada en los últimos instantes —empezó a decir el doctor.

Levantó un poco la sábana y apareció la cara de Hoyoda.

Tan pálida estaba que a Bud le sugirió la empolvada faz de un actor japonés. La encontró hermosa. Exceptuando una leve contracción en los labios, las demás facciones daban sensación de sueño tranquilo.

Ahora que permanecía con los ojos cerrados, a Bud le parecieron más grandes. La raya negra de los párpados trazaba una línea levemente curvada que alcanzaba las sienes.

El doctor levantó más la sábana y apareció el busto desnudo, impresionantemente blanco, con un broche de sangre junto al seno izquierdo.

—En esta herida hay algo más que un orificio de bala. Existe un desgarramiento profundo, producido seguramente con los dedos…

Tras una breve pausa, el doctor añadió:

—Mi primera impresión es que un dedo se ha desviado intencionadamente del orificio de la bala, y ha buscado el corazón, hasta pararlo…

Sobre las tres cabezas inclinadas quedó flotando una pregunta.

El doctor permaneció callado, y fue el coronel Fadner quien dijo:

—Alguien tenía interés en pararlo… ¿Quién cree usted que pueda ser?

El primer nombre que le vino a los labios a Bud, fue el de Nohiro Shumis. Y lo dijo. Luego puntualizó:

—Sus criados, obedeciendo órdenes suyas.

Algo más iba a decir, pero se calló. Acababa de reconstruir la escena de la agresión. Recordó que su primer cuidado fue atender a Dave. Luego cogió a Hoyoda. Pero ya entonces el chofer de Eling había puesto las manos sobre ella.

No consideró oportuno decir nada de esto. De momento interesaba canalizar la atención sobre el padre de Hoyoda.

Refirió la impasibilidad de Nohiro Shumis en tanto su hija agonizaba.

—Se diría que ya estaba esperando esta agresión —concluyó Bud.

—Así es, según él mismo ha manifestado —contestó el coronel —. Nos ha dicho que estaba convencido de que su hija no iba a tardar en morir asesinada.

—¿En qué fundaba esa creencia?

—No ha dado razones concretas. Simplemente, que lo presentía…

Se hizo un silencio. Los tres hombres permanecieron pensativos.

Los tres tenían fija la vista en la muerta. El desgarrón sanguinolento sobre la blanca piel resultaba doloroso a la vista. Bud, en un movimiento maquinal, cogió la sábana y la deslizó hasta casi llegar a los hombros.

Así Hoyoda pareció una muñeca de porcelana, pronta a abrir los ojos.

—Coronel —dijo gravemente Bud, sin apartar un momento la vista de la cara de Hoyoda—. Teníamos acordado entrevistarnos usted y yo fuera del Departamento, ayer tarde.

—Cierto.

—Y todavía no me ha preguntado por qué no acudí a la cita.

—Hasta ahora no ha habido oportunidad. Pero dé por hecha la pregunta, Bud.

—Ayer tarde se precipitaron los acontecimientos de forma que lo que tantos meses hemos ido buscando, apareció de pronto al alcance de mí vista.

El coronel le miró intrigado.

—¿Cómo es eso?

—Hace dos días que ustedes me ordenaron seguir los pasos de

mi amigo Dave. Yo no podía sospechar que esa medida de mera protección fuera a tener consecuencias tan fatales.

El coronel le puso una mano sobre un hombro.

—A ver si lo he entendido bien: ¿Es que usted se considera responsable de lo de esta noche?

—En cierto modo, sí.

—¿Sospechaba usted este atentado?

—Creía en un secuestro —contestó Bud—. Dave solo podía interesar vivo al enemigo. Eso por lo menos era lo que yo creía hasta el instante de producirse el atentado.

Una profunda arruga cruzó su ancha frente y sus facciones quedaron contraídas en un gesto amargo.

Su mirada se apartó de Hoyoda y se posó en el relieve del otro cadáver.

—Mi error solo tiene una disculpa, coronel.

—¿Cuál?

Bud se alejó unos pasos, en actitud ensimismada.

—Ayer tarde llegó a mis manos una pista de tal trascendencia, que todos mis otros planes quedaron relegados.

—¿De qué se trataba?

—De ciertas confidencias que me encaminaban a localizar al agente “2-N”.

El rostro grave, lleno de arrugas del coronel Fadner pareció rejuvenecer.

—¡Bud! ¿Eso es cierto?

Bud indicó con el gesto los dos cadáveres.

—Por desgracia, eso parece confirmarlo.

Ahora el interés del coronel pasó al estupor.

—¿Qué quiere dar a entender?

—Las confidencias me empujaron a hacer pesquisas en determinado sentido y el resultado fue que Dave se alojaba en la casa del agente “2-N”…

El coronel miró a los pies, con el gesto de quien advierte de pronto un abismo que amenaza engullirlo.

—¡Aquí…!

El coronel y el doctor se quedaron mirando a Bud, con la respiración cortada, demandando una pronta aclaración.

—El agente “2-N” puede ser Hoyada —dijo Bud.

—¡Imposible! —rechazó el coronel.

—¿Por qué?

—Se olvida usted del informe del malogrado inspector Craven.

—No lo olvido en ningún instante. Como en todo momento

tengo presente su muerte —contestó Bud.

—Pues ha debido tener en cuenta que ese informe no da ningún indicio de que el agente “2-N” fuese una mujer.

—Recuerdo que los departamentos técnicos del F.B.I. dieron por falso ese informe. Si efectivamente lo redactó el inspector Graven, debió hacerlo en condiciones bastante anormales. Además, el detalle de que el informe apareciera junto al cadáver del inspector, es demasiado burdo.

—Quizá pasó inadvertido para los que lo mataron.

—No lo creo. Yo entiendo que el enemigo estaba interesado en que el informe llegara a nuestras manos, probablemente con el objeto de despistarnos. Teniendo esto en cuenta, ayer tarde acogí con grandes reservas las trascendentales confidencias que con tanta facilidad me hacían.

—¿Qué conducto utilizaron?

—El teléfono... Me señalaban el club donde encontré a Dave, y estuve dudando de que fuese Hoyoda la persona que yo buscaba.

Bud se calló, y se quedó mirando a la muerta.

—En vida, su expresión de muñeca era todavía más acentuada —siguió, tras una prolongada pausa—. Temí que fuese una máscara...

—¿Qué idea llevaba usted al acompañarlos aquí?

—Sencillamente dejarlos en esta casa, después de concertar con Dave una hora para vernos al día siguiente.

—Eso no hubiera evitado el atentado —apuntó el coronel.

—Tenía el propósito de concentrar unos cuantos agentes por estos alrededores. Lo hubiera hecho, tan pronto me hubiese separado de la “señora Darrow”.

Los ojos del coronel taladraron los de Bud.

—Creo tendremos necesidad de hablar de esa dama.

El tono empleado por el superior le pareció a Bud demasiado reticente, y dijo:

—Cuando usted lo ordene, señor.

El coronel se apresuró a decir:

—No he querido molestarle, Bud... He tratado a muchos agentes federales, y a excepción del malogrado Craven, solo en usted he encontrado la inteligente colaboración que este asunto requiere... Al indicarle que tendremos necesidad de hablar de la “señora Darrow”, es más bien de amigo a amigo.

Avanzó unos pasos y colocó amistosamente una mano sobre un hombro de Bud.

—Me ha entendido, ¿verdad? —sin esperar a que Bud

respondiera prosiguió, en tono animado—: Pero lo que ahora importa aclarar es cómo ha llegado usted a la conclusión de que Hoyoda es el agente “2-N”.

—No he afirmado, coronel. Me he limitado a hacer una conjetura.

El doctor había vuelto a poner la sábana sobre la cara de Hoyoda. Lentamente los tres hombres fueron alejándose de la mesa.

Ya en el centro de la habitación, Bud se detuvo para volverse a mirar hacia los dos muertos.

—La confidencia telefónica no ha sido una broma.

Empezaba a amanecer. Los ventanales plasmaban rectángulos violetas. Poco a poco la luz eléctrica que se desparramaba desde el techo fue replegándose a un área cada vez más reducida.

—Ha sido una trágica burla —siguió Bud, sombrío—. Según sospecho, el enemigo ha elegido el momento en que se encontraba presente un agente norteamericano, para eliminar a Dave, poseedor de valiosas experiencias de un arma secreta. Y para desprenderse también de Hoyoda, quien seguramente, después de importantes servicios prestados a la causa del enemigo, sobraba...

Hubo una pausa. El doctor y el coronel miraban a Bud, cuya expresión no podía ser más sombría.

—Tal es como de momento veo este asunto —concluyó Bud.

—Nos hemos olvidado de la herida desgarrada —objetó el coronel.

—No creo que ese punto ofrezca grandes dificultades —dijo el doctor— tan pronto haya efectuado un examen más detenido.

El coronel manifestó que tanto el dueño de la casa como la servidumbre permanecerían detenidos mientras ese punto se aclaraba.

En el jardín aguardaban dos coches de la policía y una ambulancia.

Por segunda vez Bud pensó en el chofer de Eling. Pero decidió callar.

—¿Qué se hace entretanto de la hermana de Dave? —preguntó Bud, ya a punto de salir de la habitación.

—De momento le he ofrecido mi casa —contestó el coronel—. Mi esposa y mis hijos harán todo lo posible por consolarla... Pero ella no parece decidida a aceptar.

—Su casa es lo más oportuno. Supongo que en Tokio no esté relacionada...

—Con esta casa solamente... Debía usted ayudarme a convencerla, Bud.

—¡Yo! —a punto estuvo de soltar una carcajada—; ¡A buen diablo se agarra!… Seguiría más pronto el consejo de los que asesinaron a su hermano que el mío.

—No importa —contestó el coronel tercamente—. Este asunto lo dejo en sus manos…



Por encima del cuello de la bata asomaba un cuchillo

CAPÍTULO III

Cuando Bud regresó a la habitación donde dejó a los dos jóvenes, Ruth no estaba.

—¿Tenemos que seguir mucho tiempo aquí? —preguntó Eling, en tono irritado.

—Nos iremos enseguida. Tan pronto aparezca Ruth.

La actitud displicente en que permanecía la joven asiática, cambió enseguida.

—¿Para qué la necesitas?... Creí que tendrías algo que decirme.

Los ojos oblicuos, intensamente negros, miraron a Bud en desafío.

—No te equivocas —contestó Bud, fríamente—. Tú y yo tenemos que hablar, pero no aquí.

—¿Y si me negara?

—Ya es un poco tarde para ello —contestó Bud, rápido.

—Verdaderamente —aceptó ella, mirando con saña a un punto vago de la habitación—. Ya es tarde para todo... hasta para odiarnos.

—Es lo que menos he deseado, Eling: que nos odiáramos... En todo momento he tenido presente que tu marido y yo somos amigos.

—¡Amigos que traicionan! —exclamó Eling, enfurecida—. Después de introducirte en nuestra vida íntima, y en los secretos negocios de mi marido, te acordaste de que eras un "caballero" y te retiraste. Tan grande era tu "gratitud", que apenas te viste ante tus jefes volcaste cuanto sabías... ¡Y ahora existe una serie de sabuesos como tú rodeando a Darrow, haciéndole la vida imposible!... ¿Qué explicación das a esto?

—La única que existe: que nada que pudiera ir en contra de vosotros ha salido de mí. ¿Te satisface?

Eling avanzó, buscándole los ojos.

—¡No te creo!... ¡Ni Darrow tampoco! —dijo sordamente—. Y escucha esto: No te cruces con él, porque te matará.

Bud permaneció unos momentos pensativo. Su rostro fue expresando ironía.

—No me sorprende, Eling. Hay en ti suficiente veneno para torcer la conducta más recta —se quedó mirándola, con gesto amargado—. Lo doloroso es que por vosotros falté a mi deber. En

tanto permanecí con vosotros mantuve los ojos cerrados.

Se acercó más y más, hasta que ambos cuerpos estuvieron juntos, las bocas casi rozándose.

—Ni siquiera quise ver que eres endemoniadamente hermosa. Un maravilloso regalo que la vida me ofrecía…

Los dos parecían cogidos por el mismo torbellino, buscándose cuando más querían repelerse.

El busto de Eling alentaba con fuerza. Bud permaneció unos instantes contemplando sus hermosos hombros, que medio asomaban por el escote.

Luego se quedó mirándole la boca, de trazo breve, con el labio inferior adelantado, incitando al beso.

Ella había entornado los ojos, segura de que las deseadas caricias iban a producirse.

Pero súbitamente, como si delante hubiese visto surgir una hoguera, Bud dio un salto atrás. Era como si de pronto a Eling se le hubiese desprendido una máscara, mostrándose tal como era, con los rasgos deformados por la diferencia racial.

Bud pasó a una actitud irritada.

—¡Todavía no sé si eres ajena al asesinato de mi amigo, y ya pretendes que olvide que bajo este mismo techo se encuentra su cadáver…!

En el momento en que Bud decía eso, los restos de Dave y de Hoyoda se hallaban en la ambulancia.

Durante unos segundos Eling y Bud quedaron mirándose como no lo habían hecho hasta entonces. Por primera vez en su vida Eling se sintió como flagelada por el desprecio del occidental.

Poco a poco fue irguiéndose, hasta conseguir una postura mayestática, llena de soberbia. Sus ojos relampaguearon, agresivos.

—¡Piensa lo que has hecho, Bud!… ¡Mientras aliente no descansaré hasta perderte…!

Él ya se hallaba sereno y la miró glacial.

—No lo dudo, Eling. Por eso mismo procuraré ganarte la mano.

—¿Y qué crees que vas a conseguir? —prorrumpió ella, fieramente.

—Vive alerta, porque a partir de este momento voy a dedicarte la atención que mereces.

La respuesta fue una risa delgada y cortante, como un cuchillo que una mano hábil hubiese lanzado al aire.

—¡Lleva cuidado, Bud, a partir de ahora! ¡Las balas que han derribado a Dave y a Hoyada has podido sortearlas porque “alguien” lo quiso! Pero no siempre va a ocurrir así.

El error de Bud fue dejar asomar a sus labios una sonrisa. Tal vez, de haber permanecido impasible, Eling se hubiera metido en la trampa.

Pero al verlo sonreír ella tomó la retirada.

—No pienses sacar partido de lo que acabo de decir, porque sabré defenderme. Nada podréis probarme, porque en nada estoy comprometida...

—Demasiado te disculpas —replicó Bud.

—Me anticipo a tus planes... Lo que te he dicho obedece a que presiento que tu suerte va a cambiar. Acaso llegue a tus jefes un informe de tu actuación en Hong-Kong...

—¿Mi actuación? —inquirió Bud.

—Sí. Sobre tu "silencio"... a cambio de cortejar a la mujer de un amigo.

Bud se situó a dos pasos de ella, Levantó una mano y la hizo chascar dos veces en el rostro de Eling.

—¡Escupe el veneno!... Hasta de tu despecho piensas sacar partido —dijo, ronco—. ¡Ahora es cuando verdaderamente te desprecio, Eling...!

En aquel momento Bud era sincero y ella lo sabía. Nunca se sintió más despreciada por la mirada y por las palabras de aquel hombre.

Y en ningún momento se sintió más segura, más satisfecha de sí misma. Diríase que la hoguera que la envolvía le daba una nueva vitalidad.

—Prefiero que sea así, Bud... Enemigos irreconciliables, para que cuando nos demos el zarpazo, no vacilen las uñas en llegar al corazón.

Aún no había terminado de decirlo y Bud ya le había cogido las muñecas. Ella no se resistió.

—¿Sabes lo que has dicho?

Ya no la miraba al rostro, sino a las manos, a la juntura de las uñas, buscando en ellas una huella de sangre.

No encontró nada. Las uñas mantenían incólume su esmalte, y la piel de las manos, suave, blanquísima, aún conservaba la ligera capa grasienta y perfumada de su habitual masaje.

Pero lo que más sirvió para disuadirlo fue la tranquilidad con que Eling encajó esa investigación.

—¡Eling! ¿Sabes qué buscaba en tus manos?

Iba a agregar que el derecho a colocarla ante el piquete de ejecución, pero se contuvo.

En aquel momento, a su espalda, se abrió una puerta Por el

cambio de luz que se produjo en los ojos de Eling, Bud adivinó quién era.

Se volvió. Ruth había aparecido con un nuevo vestido. Y otro peinado. Parecía otra.

Todavía seguía pálida, pero sus facciones tenían ahora un trazo sereno y el brillo de sus ojos ya no daban la sensación de algo cortante.

Con paso tranquilo avanzó hasta donde estaban Bud y Eling.

—El coronel dice que usted tiene algo que comunicarme.

Bud ya había olvidado el encargo del jefe. No pudo contener un gesto de extrañeza, cuando Ruth agregó:

—El coronel me ha convencido de que debo confiar en usted.

Tan dulce sonó su voz, tan conciliadora, que Bud: tuvo la sensación de encontrarse ante una mujer desconocida.

—Aunque de momento todavía voy a ciegas —contestó Bud—, le prometo que haré todo cuanto pueda para ayudarla… y para que Dave…

No tenía el propósito de aludir al muerto, pero se le escapó. Ruth permaneció inalterable, como agotada, o ya decididamente entregada a aquella actitud de fría serenidad.

—Sí. Confío en que Dave será vengado —dijo Ruth, sin alterar lo más mínimo el gesto ni el tono—. Para conseguirlo no vacilaré en llegar a los últimos extremos —y miró en reto a Eling. Luego, volviéndose de cara a Bud—: Le ofrezco mi colaboración.

Eling rompió a reír.

—¿No se lo dije? Le advertí que Bud acabaría con siguiendo su alianza.

Ruth permaneció impasible. Esperó a que la oriental callara, para decir:

—El coronel ha dejado a su decisión el momento de marcharnos.

—Ahora mismo —contestó Bud.

—He de recoger las maletas mías y las de mi hermano. Tan pronto salga de aquí, ya no pienso volver a esta casa.

—Indíqueme dónde están y yo mismo las recogeré.

—Gracias, Bud. Las maletas están ya preparadas. Se encuentran en la habitación contigua.

Bud salió. Cuando llegó a la otra habitación vio unas maletas cerradas, colocadas sobre una silla.

La habitación, como el resto de la casa, estaba acondicionada en una amalgama de Oriente y Occidente. Se veía un pequeño lecho sin deshacer, y con la huella de alguien que se había dejado caer

encima.

En un extremo de la habitación se veía una puerta entornada. Bud fue allí y la abrió.

Apareció un reducido departamento de aseo. En el aire flotaba un intenso olor a colonia. En el blanco lavabo destacaban algunas gotas de sangre.

La pastilla de jabón estaba mojada, todavía con algo de espuma. Pensó Bud que era aquí donde Ruth se había aseado.

Se disponía a marcharse, cuando advirtió un leve cuchicheo. Era una conversación sostenida a media voz entre Eling y Ruth...

La claridad con que las oía le hizo apretar las mandíbulas. Tan tenues eran los tabiques del lavabo, que casi podía advertirse la respiración de las dos mujeres.

Pensaba en la violenta escena habida entre él y Eling. Estaba seguro de que Ruth les había oído.

Se dio cuenta de que las dos mujeres habían callado. Tal vez se extrañaban de su tardanza. Bud se apresuró a coger las maletas.

Cuando llegó a la otra puerta, las dos mujeres miraban en la dirección en que él apareció.

—Vámonos —dijo, en tono indiferente, huyendo encontrarse con los ojos de Ruth.

La hermana de Dave quiso quitarle una de las maletas, pero él se opuso.

—Me ayudará uno de los agentes.

—Ya no queda nadie en la casa —replicó Ruth.

—¿Qué? —inquirió Bud, extrañado.

—A excepción de dos agentes apostados en el jardín, todos los demás se han ido.

—¿Y Nohiro?

—Se lo han llevado. Y los dos criados... El coronel me ha recomendado que cuando salgamos procuremos ser vistos lo menos posible.

—El coche de la "señora Darrow" reúne todas las condiciones para el camuflaje. ¿No es cierto?

La joven china se mordió el labio inferior, y no contestó. Bud hizo que cada una de las mujeres cogieran una maleta pequeña.

Al disponerse a salir, como Ruth, apareciera que fuera a salir delante, Bud la contuvo.

—¡No! Delante de todos... la "señora Darrow"...

La joven oriental le dirigió una fugaz mirada. Enseguida se volvió y sin decir nada, echó a andar...

CAPÍTULO IV

A aquellas horas de la mañana, aquel barrio próximo a la última curva del Sumida presentaba los desgarrones de los pasados bombardeos en forma de pestilentes llagas sobre la tersa piel de un Tokio aparentemente feliz y próspero.

En las casuchas levantadas en los solares se cobijaba una humanidad hambrienta, esquelética, como muertos que hubiesen hecho tarde a la orgía de la pasada guerra y aguardasen entre escombros el paso de otra avalancha que los centrase en el mundo al que en realidad pertenecían: al de los muertos.

Bud, sentado entre Eling y Ruth, observaba en silencio el desfile de ruinas. Pensaba en Dave, que había ido a morir entre unos escombros producidos por bombas lanzadas por sus compatriotas.

Esto le hizo pensar en la situación de Tokio, en la del Japón entero. Todo él era una débil costra que cubría a un sordo y potente volcán sobre el que los occidentales se movían siguiendo un paso militar o danzando en un aturdimiento suicida.

En los Departamentos de Información norteamericanos se amontonaban los informes de los agentes secretos en los que se advertía la subterránea hoguera.

El enemigo no se encontraba solamente en Corea, más allá del paralelo 38. Sutiles hilos unían la zona norteamericana con los puertos japoneses, con las aldeas del interior, con las grandes ciudades.

El Japón era una mesa de *bridge* en la que se enfrentaban Oriente y Occidente...

A la derecha de Bud se encontraba sentada Eling, Permanecía quieta, callada, mirando distraídamente el cristal de la ventanilla, como ignorando a sus acompañantes.

Ruth, en tanto, parecía ensimismada, mirando obstinadamente al borde del vestido que apenas le cubría las rodillas.

Bud no quiso romper aquel silencio. Todo cuanto en aquel momento pudieran decir, sería vano. Prefería pensar en los acontecimientos que se avecinaban.

El chofer chino, enfundado en su impecable uniforme, permanecía sentado al volante como una estatua, apenas si movía las manos al hacer alguna maniobra.

En los ojos era donde tenía concentrada toda la movilidad. Unos

ojos vivos, con el iris cortado por las pestañas oblicuas.

Bud se había encontrado varias veces con esos ojos, en él espejo retrovisor. Estaba seguro de que el chofer permanecía atento a cuanto ocurría a su espalda.

Bud reparó de pronto en la dirección que llevaban.

—¿Qué es esto? ¿Adónde se dirige? —preguntó, buscando en el espejito los ojos del chino.

—Al domicilio del coronel Fadner —contestó.

—Ah ¿sí? ¿Y cómo sabe que íbamos allí?

—Se lo he dicho yo —manifestó Eling.

—Pero teníamos convenido ir primero al hotel.

Eling hizo un encogimiento de hombros.

—Da lo mismo.

—No hay necesidad de que tú te muevas tanto —y sin esperar a que ella replicara, ordenó al chofer—: Al hotel. La señora necesita descansar.

El chino centró en el recuadro del espejito su mirada vivísima. Al encontrarse con los ojos de Bud, inclinó levemente la cabeza, hasta que la visera le ocultó.

En la primera bocacalle que salió al paso, maniobró el volante. Un rato más tarde cruzaban la zona del palacio imperial.

Era todavía muy temprano, pero ya las calles se veían muy concurridas por turistas y soldados.

Se metieron por una avenida paralela a la Ginza. El chofer Chino se desenvolvía con la seguridad con que un taxista neoyorquino evolucionaría a través de Manhattan. Esto no pasó inadvertido para Bud.

—Parece usted habituado a las calles de Tokio —comentó, con aire indiferente—. No es una cualidad que abunde, y menos en un extranjero... ¿O es usted japonés?

En aquel momento el coche se detenía frente a la imponente fachada de un hotel de lujo. El conductor no oyó o no quiso oír la pregunta y apresuradamente descendió, para abrir la portezuela.

Pero ya Bud se le había adelantado. De pie en la ancha acera, invitó con el gesto a que Eling se apeara.

Al quedar ella plantada en la acera, pareció acumularse sobre el fondo occidental del edificio una potente carga asiática, con todo lo que tenía de misterio y arrebatadora belleza.

Tanto en el portal como en el vestíbulo, pululaban los tipos con indumentaria occidental. Eling misma la llevaba.

Sin embargo, era ella quien rompía el conjunto, como si un hermoso, rutilante banderín de rebeldía acabase de erguirse en una

colonia de blancos.

Bud ya se había metido en el coche. Y desde dentro contempló a Eling. Los ojos de la hermosa china miraban a Bud y a Ruth.

Algo vio Bud en ellos que le dio frío. Instintivamente cogió una mano de Ruth y se la apretó. Súbitamente, reponiéndose a aquel presentimiento que le producía escalofríos, sintió impulsos de apearse y sin más requisitos, detenerla.

Ya no dudaba de que ella tuviera algo que ver con la muerte de Dave y de Hoyoda. Posiblemente su enlace con Darrow era un tapujo. Los oscuros negocios de su marido, también: un mero pretexto para que él se entretuviera y ganara dinero, y al mismo tiempo distrajera a la policía.

Bud intuía que el verdadero objetivo de Eling tendía más lejos. Lo comprendía ahora, en los segundos que mediaban en la despedida.

El chofer se había sentado al volante sin esperar a que la portezuela posterior quedase cerrada.

Iba a arrancar, cuando Bud ordenó:

—¡Espere...!

Se disponía a apearse de nuevo. Eling, manteniendo en los labios una enigmática sonrisa, se estaba volviendo de cara al hotel.

Desde el vestíbulo varios ojos apuñalaban la seda que envolvía el soberbio cuerpo de la joven china.

Ya Bud había puesto un pie en el estribo, cuando al mirar al portal se encontró con los ojos de alguien que, con un cigarrillo acabado de encender en los labios, miraba indiferente la escena.

Apenas si la mirada de Bud y de aquel hombre se sostuvo unos segundos. Fue suficiente para transmitirse una consigna. Bud comprendió y retrocedió al interior del coche.

—Cuando quiera —dijo, dirigiéndose al chofer.

El coche arrancó. Bud no quiso mirar atrás. Se sentía tranquilo. Acababa de comprobar que el coronel Fadner no se había dormido.

Por el hombre del cigarrillo dedujo que ya había una alambrada de agentes en torno a la “señora Darrow”.

* * *

No se decidía a romper el silencio en que Ruth permanecía. Acababan de cruzar un canal, buscando el distrito del norte, el Bonkyo-Ku, donde tenía su domicilio el coronel Fadner.

Bud temía iniciar la conversación por si ello producía un desagradable cambio en Ruth. Además, nada importante tenían que

decirse en tanto el chofer pudiera oírles.

La consideración que había tenido con el conductor por momentos sé le antojaba más absurda. ¿Por qué no le comunicó al coronel sus recelos?

Por segunda vez estaba siendo cómplice de Eling, El coronel debía saberlo cuando con tono demasiado significativo le insinuó que quizá conviniera referirse a la “señora Darrow”.

Varias veces Bud había mirado al chino por encima de los hombros con intención de verle las manos, aun sabiendo que nada podría ver, porque las llevaba enguantadas.

Tenía decidido empezar a actuar tan pronto llegase al domicilio del coronel y dejase a Ruth en sitio seguro. Así que se detuviesen sometería al chofer a un severo interrogatorio y posiblemente lo detuviese.

Pero estos propósitos no calmaban su desasosiego. Como si al hallarse en aquel mullido asiento toda la fatiga de la jornada anterior empezase a agarrotarle los músculos, por instantes Bud se sentía más agotado.

Miró a Ruth. Ella mantenía los ojos entornados y su cuerpo empezaba a balancearse siguiendo los movimientos del coche.

Por casualidad Bud detuvo la mirada en el cristal de la ventanilla inmediata. Le extrañó ver el cristal levantado.

Tenía la impresión de haberlo bajado en el momento en que partieron del hotel. Pero las ideas por momentos se desarrollaban más torpes. Cada vez se aliaba más sumergido en aquel extraño sopor.

Miró al otro cristal, el de la ventanilla inmediata a Ruth. Y en este encontró algo insólito. El cristal subía y bajaba solo.

Cuando faltaban unos diez centímetros para llegar al tope, el cristal se detenía, como si algún obstáculo le impidiera seguir subiendo. Entonces retrocedía y emprendía la ascensión con mayor fuerza.

Bud se volvió a mirar al conductor. Un tabique de vidrio dividía en dos compartimientos el interior del coche. El *baquet* se hallaba completamente aislado de los asientos posteriores.

Esto fue como una espuela que brutalmente se clavase en su somnolencia. Miró, inquieto, a sus pies.

Era de allí, del suelo, de donde salían las soporíficas emanaciones.

Primero trató de levantar con los pies la alfombra, sin conseguirlo. Luego pisó con rabia, como si allí debajo se encontrase algún bicho dañino.

Su mano derecha, instintivamente había acudido a la empuñadura de la pistola. Y apuntó a la nuca del conductor.

Era seguro que el chófer le estaba observando, porque acusó un estremecimiento. Pero no se volvió siquiera, ni disminuyó la marcha.

En la niebla, cada vez más espesa, que trataba la mente de Bud, la idea de que sería inútil disparar contra el cristal inastillable le hizo bajar la mano.

Intentó despertar a Ruth, para advertirla que se levantara y se arrimara a la portezuela, para aprovechar la abertura del cristal. Pero al tocarla, la muchacha se volcó a un lado.

Bud se daba cuenta de que apenas le quedaba un minuto en el que podía mantener un leve control sobre sus sentidos.

Cruzaban entonces una ancha avenida, a cuya derecha destacaba el manchón verde de un enorme parque.

Agarrándose al soporte del cristal que dividía los asientos traseros con el *baquet*, se aproximó a la ventanilla semiabierta.

La pistola se la pasó a la mano izquierda. Introdujo el brazo por la abertura y en el momento en que el coche disminuía la marcha para sortear un reguero de vehículos que venía en dirección opuesta, hizo dos disparos: uno, al aire; otro, apuntando al estribo de un coche que pasó casi rozándoles.

Las rodillas cedían. En el cráneo percibía dos potentes martillazos. Se aferró con mayor fuerza al marco de la ventanilla, alargó el brazo izquierdo todo lo que pudo, siempre por el exterior, y apuntó al parabrisas, aprovechando que el conductor mantenía medio bajado el cristal de la portezuela, tal vez para preservarse de alguna emanación de gas.

El chófer debió advertir la maniobra, porque enseguida se inclinó a tocar un resorte. Pero ya el arma de. Bud había comenzado a disparar.

La primera bala plasmó una rosa en el parabrisas. El cristal dio el efecto de una placa fotográfica en una explosión. Las astillas permanecían apresadas.

El segundo disparo dio en el marco metálico.

Sobre la rosa blanca quedó otra rabiosamente encarnada. Bud aún pudo ver al chófer cómo soltaba el volante y se colocaba las manos en la cara.

La gorra saltó contra el parabrisas. Instintivamente, o tal vez en un movimiento espasmódico, el pie del conductor apretó los frenos.

Los ruidos de la calle quedaron dominados por un impresionante rugido de ruedas. La potente máquina zigzagueó, dio

un coletazo a un vehículo parado y se lanzó contra la franja de árboles que defendían la entrada de un parque.

Sonó un estallido de planchas y enseguida un airón de llamas brotó de la caja del motor.

El coche quedó con las ruedas delanteras, apoyadas contra un árbol. Bud y la muchacha, quedaron ovillados contra el asiento. Bud medio cubriéndola, como si en el último segundo de consciencia hubiese creído posible que su cuerpo la preservara de las llamas.

Inmediatamente en torno al vehículo en llamas se formó un círculo de coches. Varios extintores al mismo tiempo asaetaron la bestia de fuego y esta quedó pronto reducida a su coraza de acero.

Varios individuos, unos con uniforme militar, otros de paisano, procedieron a abrir las portezuelas.

La culata de un fusil fue introducida en la abertura de uno de los cristales y apoyando el cañón contra el marco, le dieron el movimiento de palanca. El cristal salió de su sitio, rugado, más bien como una plancha abollada.

Inmediatamente fueron sacados Ruth y Bud. Otros procedían a abrir el *baquet*.

Lo consiguieron y entonces comprobaron que el chófer estaba muerto. Una herida de bala le subía por el maxilar inferior y le salía por el hueso frontal.

Apareció una ambulancia precedida por un coche turismo. De este se apeó el coronel Fadner.

Parecía muy preocupado. Solamente cuando tuvo idea exacta del estado de Bud y la muchacha, su rostro perdió la expresión sombría.

En tanto los trasladaban a la ambulancia, se quedó observando el nutrido corro de curiosos. Todos los de raza blanca, automáticamente, se habían constituido en guardadores del orden.

Entre la policía militar americana y agentes de paisano se veían individuos de inconfundible traza turista. Había algún guardia japonés, pero disponía menos que cualquier paisano occidental.

Un ancho y grueso anillo de nipones se había formado en el lugar del hecho. La pistola de Bud se hallaba en el suelo, a unos dos metros del coche y la mayor parte de los asiáticos la miraban con obstinada fijeza.

El coronel Fadner les dirigió una rápida mirada. Se le antojó el círculo de ojos oblicuos una alambrada de espino. Una muda, pero no por ello menos potente hostilidad llameaba en el corro de espectadores.

Habían visto que del interior del coche los primeros en ser sacados habían sido los blancos. Era el chófer, el asiático, el único que había salido empapado de sangre y el único que durante unos momentos había quedado tirado en el suelo, sin que despertara el interés de ningún blanco.

En otra ocasión, estas deducciones que el coronel hizo observando a aquella masa, le hubieran parecido producto de una mente exacerbada. Pero ahora, no.

Lo consideraba una realidad candente de la máxima trascendencia. Los agentes secretos seguían mandando informes, todos señalando la misma llaga: el odio subterráneo hacia el "invasor" y que Pekín canalizaba en favor suyo.

Había momentos en que el coronel Fadner se consideraba impotente para resolver nada. Tenía la sensación de estar abriéndose paso a través de una jungla terriblemente enmarañada, en la que sus hombres no marchasen en una dirección determinada, sino al azar, la mayor parte de las veces dando vueltas alrededor del mismo punto.

Vio que Bud y la muchacha acababan de ser acomodados en la ambulancia. Entonces volvió al coche turismo del que se había apeado, y cuando el coche sanitario partió, él marchó detrás.

Minutos después entraban en un puesto de socorro militar. En tanto Bud y la joven eran asistidos, el coronel se paseaba nerviosamente por el largo pasillo.

De pronto pidió a un ordenanza:

—¿Dónde está el teléfono?

Fue encaminado al mismo despacho del director del puesto. Durante un rato permaneció solo, comunicándose por teléfono.

Cuando salió, su semblante estaba demudado por la ira. A grandes zancadas se dirigió a la habitación donde estaban Bud y la muchacha.

En ese momento salía un sanitario.

—¿Cómo van? —preguntó bruscamente.

—Él ya ha despertado.

—¡Necesito verle enseguida!

El sanitario pareció que fuera a objetar que el paciente se hallaba todavía bajo efectos soporíficos, pero el coronel, impaciente, no le dio tiempo a hablar.

—Traigo algo quedo hará despertar enseguida.

Lo que menos sentía entonces el coronel eran ganas de bromear. Cuando por fin, se vio delante de Bud, lo halló con los ojos abiertos y brillantes.

En una cama inmediata estaba Ruth, todavía inconsciente.

—¿Nada importante, doctor? —preguntó al de más edad, de los cuatro que había en la habitación enfundados en su batín blanco.

—Una leve anestesia.

El coronel se volvió de cara a Bud.

—Va una mala noticia, Bud… En realidad, dos. ¿Le producen alguna dificultad mis palabras?

—Hable, coronel —pidió Bud, con voz algo velada.

—El chófer de la "señora Darrow" ha muerto. Eso ha tirado por el suelo el plan que yo tenía preparado.

—También el mío —contestó Bud, sombríamente.

—Dos agentes especializados estuviéronse esta madrugada examinando el coche de la "señora Darrow", en tanto nosotros interrogábamos al chófer. Descubrieron el resorte que hacía cerrar los cristales…

Bud hizo un gesto de irritada extrañeza.

—Ah, ¿sí? Nada me dijeron.

—No. Claro que no —contestó el coronel.

A Bud no le parecía tan normal que no le advirtieran.

—¿También descubrieron el conducto del gas?

—No. Ese ha sido el error que lo ha desbaratado todo.

Bud hizo un gesto sardónico.

—¡Vaya!… Descubren que el coche es una pecera, y se cruzan de brazos, dejándonos que nos las apañemos como podamos.

—Suponíamos que querían secuestrarles, principalmente a usted. Aunque no ignoro el interés que Ruth inspira a la "señora Darrow" —concluyó el coronel, con un tono muy significativo.

—Y ustedes decidieron proporcionarle esa oportunidad.

—¿Por qué no? Ya procuramos que uno de los cristales no pudiera cerrar del todo… Y eso también ha sido una equivocación. Si el coche hubiera quedado herméticamente cerrado, sus disparos no hubieran alcanzado al chófer y ahora sabríamos a dónde les querían llevar. Dos coches nuestros les seguían.

Bud no pudo contenerse.

—¡Debieron advertirme!

—No creo en las cosas preparadas. Fiaba en la espontaneidad con que usted se produciría…

Durante unos momentos permaneció callado, dando cortos paseos.

—Ha sido todo muy lamentable —continuó, en tono bajo—. Ni siquiera nos queda el consuelo de saber que al dejar el cristal abierto les hemos evitado una grave intoxicación, pues ese gas, al

parecer, solo tiene un alcance anestésico.

Se produjo otro silencio. Bud se encontraba sentado en la cama y ya parecía completamente despejado. Miró a su lado, donde yacía Ruth. La muchacha empezaba a despertar.

—Y bien, ¿ocurre algo más? —preguntó, sin apartar los ojos de la hermosa muchacha.

—Sí —contestó el coronel, con voz apagada—: Ocurre que la "señora Darrow" ha desaparecido del hotel.

Bud hizo acción de saltar de la cama. El coronel lo contuvo.

—No se precipite. Lo que usted pueda hacer de momento no va a servir de nada. A estas horas, multitud de agentes andan en su busca. Confiemos en que tendrán éxito en sus pesquisas. Una mujer como Eling, no es fácil que pase inadvertida.

Ruth se encontraba ahora sentada en el lecho y hundía las manos en el cabello. De vez en cuando se apretaba las sienes.

Miraba en torno con fijeza de sonámbula y poco a poco su mirada fue perdiendo el aire de extravío.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó cariñosamente el coronel.

—Bien… si exceptuamos el caos que noto en mi cabeza —contestó, con amargo humor.

—Debo dar mis más sentidas excusas. Nadie más que yo es responsable de esta última molestia. Es, sencillamente, que me he pasado de listo.

El doctor y sus ayudantes, viendo ya innecesaria su presencia, se retiraron.

—¿Y Nohiro Shumis? —preguntó Bud.

—De él iba a hablarles. Ha confesado de plano, apenas llegamos al cuartel. Se hace responsable de la muerte de su hija y de Dave. Dice que él pagó a gente para que los mataran.

—¿Motivo? —preguntó Bud.

—Rescoldos de la pasada guerra.

—Eso no explica la muerte de Hoyoda —objetó Ruth.

Iba a agregar que tampoco explicaba la muerte de su hermano, pero el coronel se adelantó.

—Según Nohiro, su hija Hoyoda no solo no detestaba al "asesino blanco", sino que lo amaba… Se refería a la inclinación que Hoyoda pudiera sentir por Dave. ¿Hay algo de cierto en esto, Ruth?

Ella quedó unos momentos pensativa, buscando en su mente, muy turbada. Se la vio titubear, como si temiera dar la respuesta exacta.

—Creía conocer a Hoyoda. Mi hermano también. Pero no tengo más remedio que reconocer que ese enigma del alma asiática, no

siempre es un tópico.

Tras un silencio, dijo Bud:

—La declaración de Nohiro la considero llena de falsedades.

Por primera vez el coronel sonrió:

—Pienso lo mismo.

—Sin embargo, ese odio al "asesino blanco" es cierto. Pero no creo que en este caso haya sido el principal impulso que ha disparado las armas.

Ruth hincó los ojos en el rostro de Bud.

—¿Quién, pues...?

—Alguien y algo más poderoso que Nohiro y su odio ha dado la orden desde la sombra. ¿Nada extraño ha observado estos días que ha estado conviviendo con Hoyoda?

—Creo que en realidad no llegué a reparar en Hoyoda —contestó Ruth, sin mirarle—. Mis ojos resbalaron sobre ella como sobre una de tantas porcelanas preciosas como hay en la casa de Nohiro.

—Usted, Bud, se acercó anche al club donde estaba Hoyoda porque recibió determinadas confidencias —dijo el coronel—. ¿Quién pudo hacerlas?

Bud tardó unos momentos en contestar.

—Eling no creo que fuera... Ella menos que nadie podía tener interés en que yo entrara en el área donde estuviese una mujer como Ruth, que además de ser tan bonita... era la hermana de mi mejor amigo.

El rostro de la muchacha enrojeció y miró duramente a Bud.

—¡No creo que sea la ocasión de bromear...!

El sostuvo la mirada.

—Nunca en mi vida he hablado más en serio.

El coronel, tras observarles unos momentos, dijo:

—Debe usted creerle, Ruth...

CAPÍTULO V

Aquella tarde, Nohiro Shumis y los dos sirvientes volvieron a ser interrogados. Bud estuvo presente.

El padre de Hoyoda se limitó a repetir lo que manifestó por la mañana. Se mostró como un inexorable enemigo de Occidente.

—Ese fanatismo racial no concuerda con su pasado —le objetó Bud.

El viejo se quedó mirándolo. Luego inclinó la cabeza.

—Durante el tiempo que usted prestó servicio en las embajadas y legaciones de América y Europa, se distinguió por su perfecta aclimatación a Occidente.

Nohiro no contestó. Era inútil proseguir el interrogatorio.

Los criados no parecían saber nada.

—Cuando sonaron los disparos, el señor nos ordenó salir de la casa.

De esto no había forma de sacarles. El desgarrón de la herida de Hoyoda seguía sin aclarar. En los criados no se encontró ninguna huella comprometedora.

Terminado el interrogatorio, el doctor Logan los llamó por teléfono. Fue el coronel quien se puso el aparato.

—¿Qué, doctor?

—Venga al depósito de cadáveres.

—¿Puede adelantarme algo?

—Se refiere al cadáver del chófer de la "señora Darrow".

El coronel se lo dijo a Bud.

—¡Iré con usted!

—Iba a pedírselo, aunque sé que es abusar de sus fuerzas.

En el depósito les aguardaba el ayudante del doctor.

—Se ha ido a su casa. Allí tiene el laboratorio —dijo el ayudante.

—¿Qué recado ha dejado? —preguntó el coronel, contrariado de que el doctor no le hubiese esperado.

—Que le aguarda en su casa. Tiene algo muy importante que comunicarle.

Ya ante el cadáver del chófer, el ayudante manifestó:

—Terminada la autopsia, al doctor se le ocurrió mirarle las manos.

Cogió la mano derecha del muerto y levantó un poco el dedo índice.

—Lo encontró en esta uña.

—¿Qué encontró? —preguntó Bud, aunque ya se imaginaba la respuesta.

—Sangre seca.

A Bud le extrañó que solo a última hora se le ocurriera al doctor hacer esa investigación. Pero reconoció enseguida que él era el principal responsable de que las pesquisas sobre el chófer quedaran desviadas tanto tiempo, puesto que silenció que el chófer fue de los primeros en coger a Hoyoda.

Ahora le parecía insólito haber callado un detalle tan importante. El tiempo que mediaba entre las primeras horas de la noche anterior y la hora presente, constituía una muralla que separaba su manera de sentir.

Veía claro por qué había silenciado que el chófer fue de los primeros en coger a Hoyoda, apenas producirse los disparos. Bud se examinaba ahora inexorablemente. Pese a todas sus resistencias, la belleza de Eling había estado influyendo en él más de lo que imaginaba.

Incluso ahora en que ambos se habían declarado guerra a muerte, Bud no estaba seguro de haberse desprendido totalmente de su influencia.

Con Eling había estado engañándose a sí mismo. En Hong Kong, cuando huyó de la casa de Darrow donde se había acogido para curar sus heridas producidas en un encontronazo con los contrabandistas, lo hizo con la idea de que huía para no traicionar al amigo.

Ahora temía que no fuera cierto. Recelaba que se marchó porque tuvo miedo de sí mismo. La enervante belleza de Eling le estaba llevando a un camino que él dudaba poder resistir.

El coronel le distrajo de su ensimismamiento.

—Esta noche cenará con nosotros, Bud —empezó a decir con sorprendente ligereza, en el momento en que salían del depósito, acompañados del ayudante del doctor.

Bud no hizo ningún comentario. Momentos después, ya camino del domicilio del doctor, preguntó:

—¿Cree que lo que el doctor nos va a comunicar nos dará trabajo?

Lo que Bud quería en realidad, era un pretexto para no ir a casa del coronel, donde se encontraba Ruth. Por momentos sentía más reparos en enfrentarse con los ojos verdes de la hermana de Dave.

—Esta noche no habrá trabajo —contestó el coronel—. Además, todos necesitamos unas horas de reposo, para serenar nuestras

ideas.

Bud fue sincero:

—Creo que mi presencia en su casa no va a ser del agrado de Ruth.

—¿Por qué dice eso? Usted era el íntimo amigo de su hermano.

—Tal vez por eso mismo.

—¡Tonterías!

El coche entraba en Marunouchi, el distrito de puro trazo occidental, donde se hallaban los ministerios, los centros de comunicaciones y los bancos.

Ya era de noche. En el chaflán de una avenida que enfrentaba con un parque circundado por un canal, el coche se detuvo.

El coronel, Bud y el ayudante se apearon. En el *baquet* quedaron el conductor y un agente, los dos de paisano.

Cruzaron un ancho vestíbulo y al acercarse a la cabina del ascensor, alguien se asomó en el tercer tramo de la escalera para advertirles que el ascensor hacía rato que había dejado de funcionar.

—Afortunadamente —comentó el coronel, en tono humorístico — son pocos escalones los que nos separan del doctor.

—Ciento cincuenta y tres —concretó el ayudante.

—Eso es exactitud —dijo Bud.

—No hay más remedio que tenerla. Son varias las veces que he tenido que subir a pie esta escalera. Este ascensor suele repetir mucho la broma de ahora.

Mientras tanto, habían empezado la ascensión. Pasaron el tramo donde se encontraban el portero y dos mecánicos, estos montados en el techo de la cabina.

Ninguno de ellos pareció reparar en los que subían. El ayudante del doctor, que marchaba el primero, se detuvo en un rellano.

—Ya estamos —anunció con voz velada por la fatiga.

—¡Qué lástima! Esto comenzaba a agradarme —dijo jocosamente el coronel.

Pero en realidad, estaba irritado por aquel estúpido contratiempo.

En la primera puerta, el ayudante oprimió el timbre. Momentos después, se abría la puerta y aparecía una mujer de mediana edad, muy gruesa.

—Pasen. El doctor les está esperando.

Una vez dentro la mujer pareció dispuesta a acompañarles a través de un largo corredor. Pero el ayudante lo impidió.

—¿Está en el laboratorio?

—Sí. Allí está desde que ha llegado.

—No se moleste por nosotros. Sabemos el camino.

Los tres hombres continuaron corredor adelante. Estaba trazado en forma circular, rodeando todo el edificio. De vez en cuando, en cualquiera de los lados se veía una puerta.

Ante una puerta encristalada se detuvieron. El ayudante dio con los nudillos al cristal. No hubo respuesta.

Y volvió a llamar. Se decidió a abrir sin esperar más la autorización del doctor.

Apareció una sala cruzada por largas mesas llenas de envases de vidrio. En una mesa pequeña situada en un extremo de la sala se veía la espalda del doctor Logan inclinada sobre un microscopio.

Entraron los tres y cerraron la puerta. En tanto avanzaban hacia el final del laboratorio, el coronel creyó oportuno toser para advertir al doctor que habían llegado.

Tan abstraído parecía en su trabajo, que no daba señales de haberles oído.

Pero nunca más volvería a oírles el doctor Logan. Todavía faltaban unos cuantos pasos para llegar a él, cuando Bud ahogó un grito.

Por encima del cuello de la bata asomaba el mango de un cuchillo, cuya hoja se hallaba hundida en la nuca.

Si algo había en el microscopio en el momento de producirse la agresión, había desaparecido. También el bloc de notas que el doctor tenía a su derecha mantenía las hojas en blanco.

Durante unos instantes, los tres hombres permanecieron como petrificados. Por la frente del coronel Fadner empezaron a deslizarse gruesas gotas de sudor.

El ayudante estaba mortalmente pálido y parecía que de un momento a otro fuera a caer desvanecido.

Únicamente Bud se mantenía sereno, como si lo que estaba viendo lo tuviese previsto. Sin embargo, en su interior se estaba desencadenando un volcán.

—¡Por qué no nos esperaría! —exclamó sordamente el coronel.

—Dudo ver un asesinato más monstruosamente inútil que este —profirió Bud—. Si lo que pretendían era anular los resultados del análisis, no han hecho otra cosa que darle un sentido afirmativo a lo que simplemente sospechábamos.

—Yo no creo que se trate de borrar huellas —replicó el coronel —. Este hecho es más bien una tarjeta de desafío.

Debía hacer muy pocos minutos que había muerto. Encendieron todas las luces y no encontraron huellas de pasos ni ningún detalle

significativo de que manos profanas hubiesen tocado los utensilios del laboratorio.

El coronel salió a interrogar a la mujer que les había abierto. Era pariente lejana del doctor, según informó el ayudante. Estaba un poco sorda y cuando el coronel le preguntó por segunda vez:

—Aparte de nosotros, ¿ha tenido el doctor alguna otra visita?

—¿Visita? ¡No, no!... ¡Ninguna! —fue la respuesta.

Enseguida pareció recelar algo y miró a su alrededor alarmada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, a toda voz.

En vano el coronel trató de tranquilizarla. Para la pobre era suficiente que la interrogaran sobre cosas que se referían al doctor, siendo así que él se encontraba en casa.

En ese momento se oía un disparo y ruido de cristales.

El coronel y el ayudante se lanzaron por el corredor y cuando llegaron a la puerta del laboratorio, se encontraron con que tenía las luces apagadas.

—¡Bud! —llamó muy bajo el coronel.

—¡Apaguen la luz del corredor! ¡Cuidado! —contestó Bud.

El ayudante extinguió la luz mientras el coronel se deslizaba hacia donde había oído la voz de Bud.

Cuando llegó a su lado preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Han entrado deslizándose por la cornisa que hay debajo de los ventanales. Me he vuelto en el momento en que alguien estaba levantando el cristal para entrar. Creo que lo he alcanzado.

Permanecieron unos momentos callados. Nada se oyó, a excepción de las exclamaciones de terror que de vez en cuando emitía la mujer allá en las habitaciones interiores.

—Parapétese tras de cualquier mesa, coronel. Voy a encender luces.

Antes de que el superior pudiera objetar nada, Bud ya se había alejado, sin producir el menor ruido.

La primera luz que se encendió fue la que daba sobre la mesa del doctor. Este, seguía en la actitud de hombre abstraído en el estudio de algo que tenía en el microscopio.

Luego se encendieron las luces del centro. Cuando todo el laboratorio quedó iluminado, Bud y el coronel permanecieron unos instantes a la expectativa hasta que el agente se lanzó corriendo hacia uno de los ventanales, cuyo cristal estaba roto.

Sin necesidad de levantar el marco, metió la cabeza por el agujero, casi rozando los puñales de vidrio. Enseguida retrocedió.

—¡Lo alcancé, coronel!

—¿De veras?
—¡En la cornisa hay huellas de sangre!... Debe haberse despeñado.
—¿A dónde dan estas ventanas? —preguntó el coronel, dirigiéndose al ayudante que, muy pálido, permanecía en el corredor.
—Al patio interior.
—Vaya abajo e informe a los dos agentes de cuanto ocurre. Uno de ellos que se sitúe en el patio y el otro que suba.
No fue necesario porque en aquel momento uno de los agentes llamaba en la puerta. Bud mismo fue a abrir.
El ascensor ya funcionaba y varias puertas de la escalera permanecían abiertas, con gente asomada.
Toda la finca estaba ocupada por personal norteamericano, que dependía del Estado. Algunos oficiales, al tener noticia de que el coronel Fadner se encontraba en el piso del doctor, se apresuraron a ponerse a sus órdenes.
—¡Hay que dar una batida por las azoteas...!
No escaparon pisos ni deslunados.
Aplastado contra las losas de uno de los patios se encontraba el cuerpo de un hombre, cuya indumentaria le daba aspecto de mecánico.
—¡El portero ha sido encontrado maniatado, y oculto en un sótano! —anunció Bud al coronel, después de un rato de inspección.
—¿En qué sótano?
—En el de las calderas de la calefacción. Y la avería del ascensor era falsa...
El coronel quedó unos momentos con aire ausente.
—¡Y nos han dejado pasar! —murmuró.
—Dudo que vuelvan a tenernos más cerca —comentó Bud.
—No le quepa duda de que tendrán alguna razón para no haber querido eliminarnos sin previo aviso.
—Desde luego no es gente que repare en medios. La muerte del doctor lo demuestra.
—Tal vez temieron que en la puerta quedara un nutrido número de agentes que pudiera cortarles la salida —dijo el coronel.
Momentos después, ya en otro gesto, se colocó al lado de Bud y sugirió:
—A uno de los dos pretenden llevárselo *perfectamente vivo*...
La fijeza con que el coronel le miraba, impresionó a Bud, más que el sentido de las palabras.
—¿Qué insinúa?

—Este asunto está girando demasiadas veces sobre el mismo eje. Ya dudo que sea una cuestión de espionaje lo que se oculta tras de esto.

Era lo mismo que Bud estaba pensando. Y esta coincidencia le turbó. Intentó disimular.

—Si no se trata de una cuestión de espionaje, ¿qué cree que puede ser?

El coronel pareció dispuesto a contestar rápidamente. Pero se mordió los labios y tras quedar unos instantes pensativos, declaró:

—Es tan vulgar mi respuesta, que prefiero callarla... aunque solo sea por respeto a los que ya no existen.

Esto acabó de turbar a Bud. Las palabras del superior habían sido como un eco de sus propias ideas.

Lo que el coronel no se había atrevido a decir era que aquel asunto parecía estar teniendo un único arranque: simplemente el de una cuestión personal.

Más concretamente: la vulgar reacción de una mujer despechada, o quizá la ira de un marido celoso.

Bud se horrorizaba de que al final fuese esa la verdad. ¿Esa burda hoguera habría devorado a Dave, a Hoyoda, al doctor Logan?...

Y los verdes ojos anegados de lágrimas de Ruth aparecieron de pronto ante él. Y vio que de pronto las lágrimas quedaban secas, y el iris verde adquiría un brillo de fuego que iba horadando en la conciencia de Bud.

Otro golpe le aguardaba abajo, en el patio, donde se encontraba el muerto con el cráneo roto. Era el individuo que Bud derribó con su pistola.

Una potente lámpara iluminó el rostro del muerto, en el momento en que Bud y el coronel se acercaron.

Apenas mirarlo, Bud se estremeció y dio unos pasos atrás. Tan bruscamente lo hizo que el coronel se dio cuenta.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Que me ha impresionado el muerto... Mis nervios ya no responden.

—Es lógico. Los hechos se están precipitando *sobre usted* en cadena, Bud. Pase lo que pase, tan pronto salgamos de aquí se irá usted a descansar.

“Los hechos se precipitan sobre usted...” De nuevo encontró segunda intención en las palabras del coronel. Era porque nunca como hasta aquel momento había tenido la convicción de que él se había convertido en el eje de aquel asunto.

Se apartó del corrillo que rodeaba el cadáver. Había mentido al decir que los nervios no respondían. Algo más que la fatiga le estaba afectando.

Había reconocido el cadáver. Era Chiang Mung, el hombre de confianza de Darrow, el que más contribuyó en otro tiempo a que Bud se salvara.

La devoción que aquel chico demostró por él, le conmovió hasta el extremo de desear apartarlo del lado de Darrow por temor a que este lo llevara a un trágico final. Llegó a hacerle proposiciones en ese sentido, que Chiang Mung no entendió o no quiso entender.

Luego comprendió que su propósito había sido de una ingenuidad infantil. Chiang Mung vivía totalmente sometido a Eling. ¿La adoraba o la temía?

Se marchó Bud de Hong-Kong sin haber aclarado este punto.

—Vámonos, Bud —dijo el coronel, cogiéndolo de un brazo—. Nada tenemos qué hacer aquí.

Bud se vio sentado en el coche cuando el vehículo ya se había puesto en marcha. Durante un rato permaneció callado, fingiendo hallarse amodorrado.

De pronto, al desembocar en una avenida, preguntó, alarmado:

—¿A dónde vamos?

—A mi casa… Nos pilla cerca. Desde allí daré las instrucciones necesarias.

Bud casi se había puesto de pie.

—¡No! ¡A su casa, no!

—¿Y por qué no?

—¡Porque allí está Ruth!

El coronel pareció no comprender.

—¿Y bien?

Bud volvió a sentarse.

—No tiene importancia.

Hubo un largo silencio. Cada uno parecía permanecer ajeno al otro.

—Pienso en si sería conveniente silenciar lo de esta noche. Me refiero a Ruth —dijo el coronel—. La muerte del doctor la afectará.

Bud siguió callado. El coronel, ya en otro tono, agregó:

—Pero la naturaleza humana es absurda en sus medios de defensa. Acaso al saber que la fatalidad no solamente se ha ensañado con ella… El ver que otros seres tan limpios de culpa como su hermano también han perecido la conforte… ¿Se da cuenta de lo que quiero decir, Bud?

—Desde luego —contestó, como desde muy lejos.

—Con esto tal vez consigamos que Ruth enfoque este asunto desde un plano más impersonal. Lo que seguramente más la tortura es que su inocente hermano haya perecido víctima de una cuestión ajena a él y al Estado de nuestro país. Esto le hará ver que no, que todo obedece a un plan perfectamente trazado y cuyo móvil todavía ignoramos.

—Como tampoco sabemos cuáles van a ser las próximas víctimas.

Tras una breve pausa, como quien propone algo sin importancia, el coronel manifestó:

—Podía usted encargarse de informarla... ¿Le parece bien?

Bud se revolvió.

—¡Hablemos claro, coronel! ¿Qué reservas tiene usted conmigo?

El coronel no se inmutó. Tal como estaba, recostado contra el asiento y con los brazos cruzados, contestó:

—Lo que le dije antes, Bud. Necesita usted reposo...

CAPÍTULO VI

Bud no estaba seguro de que el coronel fuese sincero al inducirlo a descansar. No obstante, apenas llegaron el coronel mandó preparar una habitación para Bud.

Anticipándose a toda protesta, dijo:

—Resígnese a ser nuestro huésped, en tanto se despeja esta humareda…

—¿Qué espera usted conseguir con ello? —preguntó Bud, siempre en guardia.

—Que la pieza se nos aproxime.

—¿Porque yo esté aquí?

El coronel no disimuló.

—Sí. Porque usted esté aquí… Voy a preparar la trampa.

Sin otros requisitos, el coronel lo dejó, metiéndose en su despacho. Bud se quedó solo en un pequeño salón, frente a una taza de café y una copa de *whisky*.

Al poco aparecía Elizabeth, la hija mayor del coronel. Era una graciosa muchacha, muy morena y llena de simpatía.

Conocía a Bud desde que este empezó a colaborar con su padre, y la muchacha no se ocultaba en manifestar la gran simpatía y admiración que sentía por Bud.

—¿Cómo lo ha dejado solo papá?

Bud, acababa de sentarse y de encender un cigarrillo. Elizabeth le invitó a pasar a otro salón, donde se encontraban reunidos los familiares.

Bud rehusó. La muchacha hizo un gesto de picardía y desapareció corriendo.

Minutos más tarde apareció Ruth. La presencia pe Bud no pareció afectarla. Con una naturalidad que rayaba en la indiferencia, le saludó y tomó asiento frente a él.

—El coronel acaba de indicarme que usted quiere hablar conmigo. Es lo mismo que me ha dado a entender Elizabeth… ¿De qué se trata?

Ninguna animosidad asomaba en su voz, pero tampoco parecía quedar un resquicio a la cordialidad. Por momentos la situación le pareció más difícil. ¿Por qué tenía que ser él precisamente quién informase a Ruth de la muerte del doctor?

Una fuerte irritación irrumpió contra el coronel. En todo esto

veía una maniobra cuyo significado no acertaba a descifrar. De repente tomó una posición fría, fatalista.

Era preferible dejar que los acontecimientos rodaran, haciéndole al mismo tiempo rodar a él, como una piedra de río.

Miró a Ruth lentamente, inmune al esplendor de sus ojos verdes. Apenas advirtió el hondo dramatismo que revelaban las facciones de la muchacha. Le pareció un rostro de medallón, lleno de serenidad, totalmente opuesto al rostro de Eling.

—Sí. He de informarla de algo que nos ha ocurrido esta noche.

Al referir la muerte del doctor, Bud no advirtió que la muchacha ahogaba una exclamación y que toda ella se ponía tensa.

—El doctor era un gran amigo nuestro —murmuró ella—. ¿Cómo ve caer a otro inocente, y sigue usted sin estallar de remordimientos?

Los ojos verdes fosforecían y los labios acusaban un temblor de arrolladora cólera.

—¿Qué es lo que usted tiene contra mí?

—Eso se lo podrá contestar su propia conciencia —dijo Ruth, poniéndose de pie.

La encantadora imagen de Ruth se desdibujó. En su lugar fue perfilándose la altiva Ruth del club nocturno, despectiva y llena de mordacidades. La vio absoluta, llena de celos de que el hermano compartiera su afecto con el amigo.

—En casa de Nohiro usted manifestó que confiaba en mí. ¿Qué clase de alianza es esta?

Ella se irguió, con los ojos cada vez más brillantes.

—¿Quiere saberlo? La alianza de quien desea verlo perecer a manos de los mismos que mataron a mi hermano. ¡Usted hace mucho daño viviendo!

—¿Cree que remediaría algo mi muerte?

—¡Todo! Usted lo sabe perfectamente. ¡Es a usted al único que buscan!

Bud avanzó hasta llegar a un paso de ella.

—¿De veras?

—¡Les oí, a usted y a esa diablesa china, cómo revolvían basura! Esta mañana se lo referí al coronel y él está de acuerdo conmigo…

Bud retrocedió unos pasos, mirando con recelo a su alrededor, como si presintiera una trampa.

—¡Conque el coronel está informado y coincide con usted! —exclamó, sardónico.

—Toda esta tragedia la ha desencadenado usted, con sus devaneos y vicios.

Se había presentado con un vestido muy sugerente. La juventud y perfección de su cuerpo se revelaba de manera turbadora.

Pero esa actitud provocadora contrastaba extrañamente con el dolor y la ira que expresaba su rostro. Bud, tras observarla unos momentos pensativo, dijo:

—La "alianza" que usted me ofreció en presencia de Eling, ¿tenía otro fin que irritar a esa mujer?

—Quise interponerme entre ustedes para atizar más el fuego que espero los ha de destruir.

Bud la asió de los hombros, como si quisiera estrujárselos. Fue levantándola, hasta que ella solamente tocaba el suelo con la punta de los pies.

—¡Con cara de ángel... y con tanto veneno...!

Durante unos momentos quedaron con los rostros rozándose, el cuerpo de ella descansando en el de Bud.

Él la soltó y corrió a la puerta por dónde ella había entrado. Estuvo unos momentos fuera.

Cuando regresó, Ruth todavía se encontraba en el mismo sitio donde él la había dejado.

—El coronel dijo que iba a preparar una trampa... Tal vez se refería a esto: a dejarnos solos.

—El coronel ha mandado a su familia que ocupe las habitaciones del piso superior —replicó Ruth—. Allí voy a trasladarme yo también. Son más seguras.

Bud se dio cuenta de que la muchacha se esforzaba por suavizar el mal efecto que había hecho su agresiva actitud. "Reconoce que se ha salido del papel que le tocaba representar", pensó Bud.

—Bien, Ruth: Ganaríamos tiempo si me dijera sin rodeos qué le ha encomendado el coronel.

—¡Esa mujer anda suelta!... ¿Qué hace usted? ¿Por qué no va a buscarla? ¡Usted sabe en qué madriguera se esconde!

Bud se había dejado caer con abandono en un sillón. Con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas extendidas, estuvo unos momentos mirando a la muchacha.

—El coronel no tiene por costumbre andarse con rodeos, para dar una orden.

—¡Esto no son rodeos! Él sabe que yo soy la más indicada para pedirle lo que acabo de hacer... ¡Soy la más perjudicada!

Bud, con aire distraído, miró el reloj de pulsera. En realidad lo que hacía era dar un pretexto a aquella pausa, que quería utilizar para ordenar sus ideas.

—Estoy dispuesto a cumplir sus "órdenes", puesto que parece

que llevan un marchamo oficial. Mi misión en este país es colaborar estrechamente con la Policía militar. Que el "mando" haya pasado a una criatura tan preciosa como a usted...

—¡Por respeto a los que han muerto, deje sus sarcasmos...!

—En honor a esos muertos, iré a la madriguera que usted ha aludido.

El efecto que hizo en Ruth fue instantáneo. Ella dio unos pasos hacia él, con un brillo de alegría en los ojos.

—¿De veras? ¿No retrocederá?

—¿Y usted?

—¿Yo? —quedó unos momentos vacilando—: ¿Es que he de acompañarle?

Sin ella darse cuenta, la idea no parecía repugnarle.

—Me refiero a si usted no se arrepentirá de haberme "ordenado" que actúe...

—¡Oh, no! ¿Por qué? —de nuevo la altivez de otros momentos.

—Está bien. Recuerde lo que acababa de decir: *no se arrepentirá*... Usted me empuja a la hoguera porque me considera responsable de lo que ocurre.

—En cierto modo, lo es. ¡Esa mujer...!

—Déjela en paz ahora... Pese a lo que usted y el coronel opinan, pese a lo que yo mismo he llegado a creer en determinados momentos... en todo esto hay algo más que la reacción de una mujer despechada. Un hombre de la firmeza moral de Nohiro Shumis, es incapaz de secundar una acción tan burda en la cual perece su hija.

Poco a poco había ido acalorándose. Calló de pronto, para que el torbellino de ideas se serenara.

Ruth lo miraba intrigada, sorprendida de que se hubiese erguido desafiante, en el momento en que ella esperaba verlo abrumado.

—Su hermano era poseedor de datos que afectaban a potencias extranjeras. Hay además un agente oculto tras la sigla "2-N", cuya persecución ha causado la muerte del inspector Craven y de otros muchos agentes. Y a nadie se le había ocurrido pensar hasta ahora que yo fuera el responsable de esas muertes... Está bien. ¡Llegaré hasta el final! No olvide que usted es la que me ha empujado a hacerlo.

—¿Por qué he de tenerlo en cuenta? —preguntó, un poco asustada—. Al fin y al cabo es su deber.

—Exacto. Y voy a cumplirlo a rajatabla. No me detendré, aunque me salga al paso la memoria de un amigo...

La exclamación que ya estaba brotando en los labios de Ruth,

quedó ahogada por el estupor. Con gesto aterrorizado, los ojos desmesuradamente abiertos, fue retrocediendo, como si acabase de ver surgir a un monstruo.

—Pero… ¿es que se atreve a insinuar?…

No terminó la pregunta. Con las manos crispadas quedó unos segundos mirando a su alrededor, buscando algo que la orientara en el caos en que Bud la había precipitado.

Y súbitamente, estremecida por una fuerte congoja se puso las manos en la cara queriendo contener los sollozos.

—¡Dios mío! ¡Esto más…!

De pronto se quitó las manos de la cara. Con los ojos llenos de lágrimas, dirigió la vista al sitio donde estaba Bud, sin verlo.

—¡Cobarde!… ¡Usted no es más que un cobarde…!

Bud aguantó a pie firme la oleada. Dejó que Ruth se desahogara y cuando consideró que ya no le sería difícil hacerse oír, prosiguió, frío, tenaz:

—He entrado en funciones, Ruth. Y en uso de las facultades que me concede el cargo, he de hacerle unas preguntas.

—¡No conseguirá que le conteste nada…!

—Lo hará… ¿No se le ha ocurrido pensar que el coronel, para ahorrarle disgustos, ha disimulado que usted se encuentra en esta casa en calidad de detenida?

Elle parecía que iba a responder con una carcajada, pero súbitamente su actitud cambió.

—¿Detenida?… —iba ligando detalles de cosas ocurridas desde que entró en aquella casa. El hecho de que toda la familia se hubiese trasladado a otra planta tenía ahora un nuevo significado—. ¿Por qué detenida?

—Usted ha realizado un viaje a gran distancia, sin un motivo claro.

—¿No es motivo venir a ver a mi hermano?

—No. No lo es cuando no se ignora que el hermano se disponía a regresar a Washington. Usted me ha mentido esta mañana cuando me aseguró que ignoraba que el permiso de Dave estaba condicionado a este viaje.

—¿En qué funda esa suposición? —y no encontró el tono enérgico que ella deseaba.

—En las declaraciones de Nohiro. Él les oyó a los dos decir que pasado mañana regresaban a América. Ese es el primer detalle que mi afecto a Dave quiso pasar por alto… Existe un segundo punto: No es cierto que usted y Hoyoda se conocieran en Washington. Ella nunca ha estado en Norteamérica.

Esta vez Ruth palideció, pero no dijo nada.

—¿No cree necesario rebatir esta afirmación, Ruth?

Ella se encogió de hombros, buscando una actitud displicente y dijo:

—Me es completamente indiferente cuanto usted pueda decir en lo sucesivo. En nada podrá sorprenderme.

—Tendrá muchas sorpresas, Ruth. Voy a hablar con el coronel…

Se encaminó a la puerta. Salió dando un portazo.

Durante unos momentos ella permaneció inmóvil, abstraída. Poco a poco fue desprendiéndose de la maraña de ideas que la envolvían.

Una gran ansiedad se le fue apoderando. Miró en torno con recelo y dio unos pasos en dirección a la puerta por dónde había salido Bud.

La abrió y salió al pasillo. De nuevo se detuvo para escuchar a lo lejos.

Procurando hacer el menor ruido, siguió pasillo adelante, hasta que se detuvo frente a una puerta. Primero intentó darle vuelta a la llave, pero notó que la cerradura estaba abierta.

Esto pareció aumentar su inquietud. Empuñó la manilla del picaporte y abrió. Durante unos momentos permaneció sin decidirse a entrar, dirigiendo una rápida mirada a la habitación.

En un lado se veía el lecho, tal como ella lo había dejado. En otro lado había un pequeño tocador y junto a él, en el suelo y sobre unas sillas, las maletas.

Al fondo, una cortina cubría un armario ropero.

Ruth quitó la llave de la cerradura y la pasó a la parte de dentro, cerrando. A oscuras fue tanteando, hasta que encontró el conmutador de la luz.

Se sentó a los pies de la cama, apoyó los codos sobre las rodillas y con la punta de los dedos se apretó las sienes. Su mirada permaneció fija en una de las maletas que había en el suelo.

Como si obedeciera a una fuerza hipnótica se levantó, fue adónde estaba la maleta y la trasladó a la cama, todo sin prisa, como algo que realizara sin voluntad. Fue al tocador y de uno de los cajoncitos sacó un llavero.

La abrió y extrajo unos papeles y fotografías. Durante unos momentos se entretuvo mirando las fotos. Casi todas eran instantáneas de Dave, en ropa de vuelo, junto a la carlinga de un reactor.

Dejó las fotos y de entre el montón de papeles extrajo uno, hecho en varios dobles. Permaneció unos momentos ensimismada en su

lectura. De pronto, en repentina sacudida de nervios, lo estrujó, pareciendo dispuesta a romperlo.

—¡No lo haga! —dijo una voz tranquila, pero llena de firmeza—. Sería inútil.

Era Bud, que avanzaba desde la cortina que cubría el armario. Sus manos fuertes cayeron sobre las finas manos de Ruth y le arrebató el papel.

—¡Usted! —exclamó, cuando se repuso de la sorpresa—. ¡Salga de mi habitación!

—Desde luego, no pienso quedarme aquí.

—¡Devuélvame ese papel! —y se lanzó a arrebatárselo.

Bud la empujó y anduvo unos pasos de espaldas, hasta que tropezó con el lecho, quedando sentada. La falda se había recogido y sus bien dibujadas piernas quedaron al aire, muy por encima de las rodillas.

Durante unos instantes, pareció aturdida. Reaccione lanzándose a la puerta, sin acordarse que la había cerrado con llave. Dio unos cuantos golpes, llamando.

Afuera reinaba el mayor silencio. Entonces reparó en la llave y le dio la vuelta.

Ya en el pasillo siguió llamando al coronel. A poco se oyeron pasos precipitados.

—¿Qué le ocurre, Ruth? —preguntó el coronel Fadner.

—¡Este hombre!

—¿Qué hombre?

Bud permanecía en la habitación, leyendo el papel, y ni una sola vez levantó la vista para mirar al superior, como si todo estuviera convenido.

—¿Qué significa esto, Bud? —preguntó el coronel.

Bud, viendo un ademán de la muchacha de lanzarse sobre el papel que tenía en las manos, lo dobló y lo ocultó dentro de una mano. Su rostro se hallaba desencajado. Miró profundamente a Ruth. Esta vez fue ella quien no pudo resistir su mirada.

—Coronel: Antes de que le conteste, permítame una pregunta. ¿Qué objetivo perseguía al traerme aquí?

—Sencillamente, que reposara usted.

—¿Y la trampa?

—¿Cuál?

—¿La que usted dijo que iba a preparar? ¿No se refería a que esta señorita y yo nos enfrentáramos?

El coronel desvió la mirada. Dudó unos momentos. Por fin dijo:

—Sí.

—No le comprendo. Cuando esta mañana le ha hecho esta señorita confidencias sobre lo que Eling y yo hablamos…

El coronel hizo un gesto. Y Ruth se precipitó a aclarar:

—Le mentí. Yo todavía nada le he dicho al coronel de lo que usted y esa maldita mujer hablaron. ¡Me arrepiento de no haberlo hecho!

—¿Entonces no ha sido el coronel quien le ha encargado que me ordenara entrar en acción?

—El coronel solo me ha dicho que usted deseaba hablarme.

—Es cierto —dijo el jefe.

Bud sonrió, irónico.

—Usted buscaba esto.

El coronel sonrió también, un poco azorado.

—Sí. Me era muy difícil someterla a interrogatorio, Ruth… ¿Me da eso, Bud?

—¿Qué supone qué es?

—¡No se lo entregue! —suplicó Ruth.

—¿Ya se arrepiente? —preguntó Bud.

La muchacha se mordió los labios, mientras su rostro enrojecía de ira. El coronel, con gesto grave, dijo:

—Algo se ha producido que yo no esperaba, Bud.

—¿Qué es ello?

—Que invadiera la habitación de Ruth.

—He entrado en esta habitación porque desde esta mañana, en casa de Nohiro, estoy sintiendo el deseo de mirar en las maletas de Dave. Este deseo ha aumentado después que hemos sufrido el “accidente” del coche. Las maletas quedaron en tierra y uno de mis compañeros se hizo cargo de ellas. Se las entregó a Ruth, cuando ella salía del dispensario… Y mi compañero me advirtió que me convenía examinar el contenido de esas maletas.

—¡Todo lo que contiene es de índole privada! —exclamó Ruth.

—Esta mañana quedamos en que Ruth ignoraba qué sentimientos abrigaba Hoyoda hacia su hermano… Esto no implica para que aquí aparezca esta acta de matrimonio de Dave y Hoyoda, con fecha diez meses atrás, en una misión protestante al sur de Aomori.

Entregó el papel al superior. En tanto el coronel lo leía, Ruth empezó a llorar.

Cuando Fadner terminó la lectura levantó la mirada, posándola en Ruth.

—¿Nada tiene que decir a esto?

La muchacha movió la cabeza, negativamente.

—¿Conocía este hecho antes de que su hermano muriera? —inquirió el coronel.

—Sí —apenas se la oyó.

—¿Por qué lo mantuvo callado?

—Por lo mismo que el padre de Hoyoda lo silenció. Este matrimonio nos disgustaba a todos.

—¿También a Dave?

—¡A él más que a nadie!... Dave siempre ha sido un niño. Me llamó a Toldo para presentarme a su "mujer"... Y para ver si yo lo animaba.

—¿Qué hizo usted?

—Primero, observarles... Sé que puse toda mi mejor voluntad para salvar los prejuicios de raza. Quizá ahora que ambos han desaparecido, muchos obstáculos que me parecían insalvables resulten ridículos. Pero entonces no lo eran...

—Díganos qué ocurrió entre ustedes —pidió gravemente el coronel.

—El primer día que estuve en casa de Nohiro, mi hermano y yo convinimos en mantener en secreto ese matrimonio. Acordamos justificar nuestra relación con la familia de Nohiro pretextando una vieja amistad. El viaje a Washington teníamos que hacerlo los tres juntos. Presentíamos en nuestro círculo a Hoyoda. A nada comprometía tener amistad con una japonesa.

El coronel y Bud se miraron. Los ojos de Bud no podían reflejar mayor ira.

—¿Hoyoda supo lo que habían convenido?

—Sí. Y pareció encantada de que todo se mantuviera en secreto. También su padre... —después de un momento de vacilación, declaró—: Temo que ella y su padre nos oyeran... Posiblemente hubo algunas ofensas en lo que yo dije a mi hermano.

Hubo un silencio. Bud hacía unos instantes que se había vuelto de espalda, como si ya no le interesara lo que se estaba hablando. Con aire distraído iba removiendo las cosas que todavía había en el interior de la maleta.

—Todo este debió decirle antes —dijo gravemente Bud, sin volverse siquiera—. A no ser que usted tuviera un "particular" interés en que la cadena de asesinatos continuara...

—¡Vamos, Bud! —dijo el coronel, en reproche.

Lentamente fue volviéndose Bud, mirando fijamente al superior.

—¿No opina lo mismo?

Los dos hombres estuvieron unos momentos observándose en silencio.

—Por desgracia, es verdad lo que Bud dice. Debió usted revelarnos la situación en que se encontraba su hermano... ¿Tan segura estaba de que Nohiro no hablaría?

—Sí. Estoy convencida de que Nohiro nunca ha reconocido ese enlace... Nos detesta profundamente.

—No más que nosotros a ellos... pese a todos los tapujos —manifestó Bud, con amarga ironía—. Coronel: Hay algo muy urgente que realizar. Debo regresar a mi hotel...

—¡Eso es absurdo! Sería hacer el juego al enemigo.

—Exactamente. Debo servir de cebo.

El coronel miraba la maleta abierta, sin atreverse a registrarla en presencia de Ruth.

—Mi señora y mis hijas estarán extrañadas de no verla. La acompañaré... No es necesario que se lleve nada de aquí. Mi señora y mis hijas se sentirán honradas poniendo a su disposición su ropero...

Ella comprendió y sin decir nada anduvo unos pasos hacia la salida. En la puerta se volvió para dirigir una profunda mirada a Bud.

No había odio. Ni rencor.

—Perdóneme todas las inconveniencias que le he dicho... No estaba en mí...

—Todo está olvidado —contestó Bud.

CAPÍTULO VII

Ya era más de media noche, cuando Bud cruzó el amplio vestíbulo de la casa de baños turcos.

La hora no era intempestiva. Todo lo contrario.

Los hombres de negocios, personal diplomático, viajeros internacionales forrados de dinero y podridos de hastío, acudían a esa hora dispuestos a consumir lo que quedaba de la noche meciéndose en los más extraños y refinados placeres.

Hacía tiempo que un japonés enriquecido en la postguerra creó la primera casa de baños en el centro de la ciudad, rodeada de los más elegantes salones de té y clubs nocturnos.

Pronto trascendió el escándalo. Más de un centenar de muchachas japonesas prestaban servicio en la casa. El establecimiento tenía lujosos bares, pista de baile, restaurantes.

Este lujoso centro de aseo y placer dio pronto a Tokio un perfil distinto a las demás capitales...

Los fumaderos de opio de la próxima China; los puntos oscuros de los suburbios del lejano París, quedaban anulados, en un borrón antiguo y maloliente, al ser contrastados con este centro donde más de un centenar de bellas muchachas preparaban baños de leche, de limonada y de perfumes...

Era el vicio con una faz ultramoderna. Los centros sanos del país, se conmovieron. Aquella continua carcajada sobre el sangrante, empobrecido Japón, era un intolerable sarcasmo.

Las autoridades intervinieron. Un momento pareció que la clausura era evidente. Pero el promotor de aquel negocio tenía a su disposición buenos resortes. El principal, era la oportunidad que daba al Estado de hacerse con un torrente de divisas.

El ejército norteamericano, con permiso en Tokio; los turistas, que con la distancia del hogar, sentían la tentación de dar suelta a su personalidad oscura que llevaban latente en la subconsciencia... Los mismos japoneses enriquecidos sobre las ruinas del país. Todos ellos contribuían a un oleaje continuo de ingresos.

El lujoso centro de aseo y placer no solo no se cerró. Otros más se abrieron.

En uno de ellos entró Bud, ya pasada la media noche. Desde el vestíbulo hasta el departamento donde se hallaban los baños turcos, fue conducido por sucesivas señoritas japonesas, levemente

vestidas, todas con una sonrisa y entorne de ojos estudiado.

Todas respondían a la misma denominación: “Mis Oriente”.

Esto constituía una dificultad para lo que Bud buscaba. Guiado por una “Mis Oriente” entró en un saloncillo decorado y amueblado con puro estilo japonés.

La muchacha, con un gracioso ademán, le indicó que se sentara. Apenas lo hizo, la joven le puso en los labios un cigarrillo y le aplicó la llama de un pequeño encendedor.

Tras dirigirle una larga y significativa mirada, sin dejar en ningún momento de sonreír, le preguntó, en defectuoso inglés:

—¿Color que el señor gusta?

Se refería al color de la bañera para el baño frío, después del turco. Era entonces cuando se pasaba a un departamento encendido de mosaicos rosa, verde o amarillo, según la preferencia del cliente.

Espumoso jabón suministrado por “Mis Oriente” cubría entonces al bañista. En la sonrisa estudiada de las “misses” asomaba entonces una espuma irónica ante las rechonchas, adiposas contexturas que Occidente les llevaba.

Maduros hombres de negocios y respetables funcionarios de representaciones diplomáticas quedaban caricaturizados ante los ojos de la asiática.

—Un momento, “Miss Oriente” —contestó Bud, sonriendo y al mismo tiempo indicándole con el gesto que se sentara frente a él—. Eres muy bonita y para mí sería un placer conversar un rato contigo... ¿Estás mucho tiempo en la casa?

La muchacha no entendió o no quiso. Se limitó a hacer un gesto vago.

Bud no se desanimó. Siguió charlando de cosas indiferentes, procurando darle a las palabras un aire despreocupado, y en la pequeña boca de “Miss Oriente” siempre estaba la misma sonrisa.

—Estuve aquí en otra ocasión... hace ya algún tiempo... En mi último permiso... Me atendió entonces una chica casi tan bonita como tú. Nos hicimos amigos y me gustaría volverla a ver... Se llamaba...

—Nosotras no conocemos nombres —advirtió “Miss Oriente”, acentuando su sonrisa.

—Ya sé que es norma de la casa y yo me guardaré muy bien de inducirte a que infrinjas lo que te han ordenado... Pero nada impide que yo te muestre un retrato de ella. Si tú la reconoces y se encuentra aquí, vas y la llamas... Te garantizo que no te pesará.

Al terminar, había puesto ante los ojos de la muchacha un retrato de Hoyoda. Ella estuvo unos momentos mirándola. Poco a

poco avanzó las manos y con el gesto pidió permiso a Bud para cogerla.

Durante varios segundos la cartulina estuvo en las manos de “Miss Oriente”. Bud le escrutaba el rostro con la mirada. Y siempre encontraba la sonrisa con el mismo vigor en el trazo, idéntico brillo en los ojos de almendra.

La muchacha, sin decir nada, le devolvió la cartulina. Pareció unos momentos pensativa y de pronto dijo:

—Ruego espere, señor.

Se levantó, hizo una graciosa reverencia y con paso menudo salió de la habitación. Bud, entonces, se levantó y se colocó de cara a la puerta.

Transcurrieron varios minutos. La puerta volvió a abrirse y apareció una japonesa de edad madura, seguida de la gentil “Miss Oriente”. La recién llegada vestía un severo quimono, y en la cabeza el casco de su abundante pelo, peinado al estilo del país.

Hizo primero una ligera reverencia, y lentamente, mirando con impertinente fijeza a los ojos de Bud, avanzó.

—¿El señor sería tan amable de exponerme lo que desea? —preguntó en perfecto inglés.

—Desde luego.

Bud repitió lo dicho a “Miss Oriente” y mostró la fotografía.

—Recuerdo muy bien que dijo llamarse Hoyoda —concluyó Bud.

El nombre más que la fotografía rompió la impasibilidad de la mujer. Su cuerpo acusó un leve estremecimiento.

Los ojos oblicuos deformaron su trazo. Apareció una mirada llena de recelo. Bud adivinó que la mujer se estaba preparando para esquivar la respuesta y se adelantó:

—Indique a “Miss Oriente” que nos deje solos… Tengo que decirle algo.

La mujer se limitó a volverse y a hacer un movimiento de cabeza. La japonesita salió, cerrando tras de sí.

—Ahora, dígame si esta muchacha se encuentra aquí —pidió Bud, cambiando la amabilidad de antes por un tono severo, conminatorio.

—No está —murmuró la mujer.

—¿Pero usted la conoce?

Ella permaneció callada.

—Señora: Mi visita obedece a algo muy urgente… Como usted ya está seguramente sospechando, soy policía. La policía norteamericana, en colaboración con la policía japonesa, interviene

en el asunto que me ha traído aquí… Esa muchacha fue asesinada la pasada noche.

La japonesa no se inmutó.

—Sabemos que Hoyoda ha trabajado en esta casa —siguió Bud —. Y necesitamos saber en qué fecha dejó de hacerlo.

—Le acompañaré a la dirección. Tal vez allí puedan contestarle…

—Y usted también, señora… Medite sus respuestas porque luego serán contrastadas con las de la dirección. Sé que aparentemente tienen la norma de desconocerse, pero esto no es más que un efecto que buscan sobre la clientela. Le recomiendo que no intente repetir el truco con la policía.

Hubo un silencio en el que la japonesa pareció profundamente pensativa.

—Si no recuerdo mal —empezó a decir— fue en abril del pasado año cuando se marchó.

—Aproximadamente unos diez meses —calculó Bud—. ¿Y desde entonces no ha vuelto por aquí?

—Muy raras veces… Pero en plan de cliente.

—¿Quién la acompañaba?

La japonesa hizo un gesto ambiguo.

—¡Quién puede saber!

—¿Era siempre la misma compañía? Quiero decir, el mismo caballero…

—No… Seguramente, no.

—¿A qué se debió que ella dejara de prestar servicios en la casa? ¿Tal vez mejoró de posición?

—Tal vez.

—Me interesa que concrete. ¿Qué versión le llegó del cambio de posición de Hoyoda?

—No puedo contestarle. Esas cosas no tienen importancia entre nosotras. Los cambios más repentinos suceden todos los días… Unos para bien. Otros, para mal.

—¿Solía tener éxito con los clientes?

—Bastante.

—¿No sentía ella inclinación por determinados clientes?

La japonesa lo miró confusa.

—No entiendo.

—Si prefería a los hombres de negocios, de edad madura, o a los jóvenes, militares especialmente.

—Con todos solía alternar.

Bud aguzó la mirada.

—Entonces, ¿se atrevería usted a afirmar que ignoraba que

Hoyoda salió de aquí para casarse con un oficial norteamericano?

Los ojos oblicuos hicieron un rapidísimo parpadeo.

—Antes de contestar, piénselo bien —recomendó Bud—. En la casa hay muchos que ya trabajaban aquí cuando Hoyoda se marchó.

La japonesa fijó la mirada en un punto cualquiera del suelo.

—Una de las versiones que corrieron fue que Hoyoda se casaba con un oficial norteamericano.

—Entonces, al verla aparecer aquí acompañada de distintos hombres ¿no les sorprendió?

Una sonrisa irónica se dibujó en la boca de la japonesa.

—El señor agente se olvida del sitio en que se encuentra. Muy pocas cosas pueden sorprender aquí.

—A pesar de ser eso cierto, Hoyoda tenía suficiente personalidad para que ustedes no la perdieran de vista. Dígame qué se comentaba sobre su conducta…

Alguien dijo detrás de Bud:

—Deja a Nashyra… Eso te lo responderé yo misma. Bud.

Cuando Bud se volvió hacia la recién aparecida, su rostro no expresaba sorpresa alguna. Diríase que aquella aparición la estaba esperando.

—Buenas noches, Eling… Temí que no te presentaras.

—¿De veras, Bud?

Había entrado por una puertecita hábilmente disimulada en un ángulo de la habitación. El vestido de Eling era muy semejante al de todas las “Miss Oriente”, pero mucho más valioso.

Gran parte de su cuerpo quedaba completamente desnudo y el resto se transparentaba bajo finísimos tules. La cabellera negrísima le caía sobre los desnudos hombros enmarcándole el rostro, que en aquellos momentos reflejaban una honda alegría. Los ojos tenían un brillo intenso, como de embriaguez.

La japonesa se había retirado. Eling movió una mano, indicando un asiento.

Bud la miraba con clara curiosidad.

—Como de costumbre, tu temple de nervios resulta admirable.

—No ha habido sorpresas, Bud.

—¿Ni siquiera al descubrir el pasado de Hoyoda?

—Es del dominio público.

—No obstante, parece que había interés en ocultarlo. Cuando nos presentamos en el club demostraste no conocerla.

—Fuera de aquí todos se desconocen… Hoyoda es tuvo aquí, es cierto. Pero eso no implica nada. Ya ves que yo también estoy.

—¿Cómo "Miss Oriente"? —preguntó Bud, incisivo.

—Cuando la ocasión vale la pena, ¿por qué no?

Bud se sentó sobre unos almohadones recostándose contra unos tapices. Se cruzó de brazos y paseó la mirada por la estancia. Más que mirar lo que tenía en torno, revolvía recuerdos.

—¡Salió al fin la famosa "Plataforma de espuma" de Tokio! —exclamó, al cabo de unos instantes de silencio—. Siempre que Darrow me hablaba de ello imaginaba una dársena del Sumida, con cargamentos de drogas... ¡Quién iba a pensar que fuese esto!

—¿De veras no lo sabías? —inquirió Eling, con marcado escepticismo.

—Siempre temí que lo que me refería Darrow contuviese algo delictivo. Y yo me había jurado que mientras permaneciera en vuestra casa de Hong-Kong mantendría los ojos cerrados.

—Me temo que Darrow no crea en esa lealtad —dijo sombríamente Eling.

—Se encuentra en Tokio, ¿verdad? —inquirió Bud, rápido.

Ella le miró extrañada.

—¿Qué te hace suponer?

—Porque he visto a su inseparable Chiang Mung.

—¡No!

En su negativa había de todo: incredulidad, sorpresa, miedo.

Bud la miró intrigado. Parecía sincera.

—Te asusta la posibilidad de que Darrow se encuentre cerca, mientras te deja indiferente que esta casa pueda estar llena de policías.

—Conozco tu manera de actuar —respondió Eling—. Sé que has venido solo. Eso no importa para que hayas dejado a algunos agentes a la expectativa, fuera de aquí...

Eling empezó a pasearse a lo largo de la habitación. No había en su actitud ningún propósito de seducir. Tal vez por ello le pareció a Bud más hermosa que nunca.

Nunca estuvo Eling más cerca del anhelado triunfo que en aquellos momentos en que paseó, abstraída.

—Si no sabías que esta era la "Plataforma de espuma" ¿cómo te has dirigido aquí?

—Dave se encargó de dejar la pista. Entre sus papeles hay una nota de gastos con el membrete de esta casa. Lleva la fecha de cinco días atrás.

Hizo una pausa para ver el efecto que producía en Eling, pero parecía no haberle oído.

—Hay otras notas, de fechas más atrasadas... Exactamente del

tiempo en que Dave debió conocer a Hoyoda —y haciendo una transición, agregó Bud—: Una curiosa coincidencia. Poco más o menos, la fecha en que tú y yo nos conocimos en Hong-Kong… Solo que tú y yo no lo tomamos tan en serio como ellos.

La mirada que le dirigió Eling fue como un cuchillazo.

—¡Sin ironías, Bud! Estás a merced mía…

Bud se puso de pie, entretenido en seguir con un dedo el dibujo de un biombo, de espaldas a la mujer.

—Hace cinco noches, la víspera de que la hermana de Dave llegara, él estuvo aquí… contigo.

—Puede ser —contestó, escueta.

—A esta conclusión he llegado basándome en lo mismo que me hizo ir en tu busca la noche del club. La confidencia que recibí por teléfono hablaba de una “dama de Hong Kong”. Me previno contra la linda japonesita que acompañaba a Dave y a continuación aludió al agente “2-N”. En este punto la comunicación quedó cortada.

Eling sonrió, en burla.

—¿Qué más querías?

—¡Tú mataste a Dave! —prorrumpió Bud, como si la vista de aquella belleza fuese una acusación.

—No… Ni di orden de que lo hicieran. Lo que yo buscaba en tu amigo, ya lo había conseguido.

—¿Informes secretos?

—Destruirlo… nada más por ser tu mejor amigo, el que tú tenías la misión de proteger. ¿No se te perdió hace cinco noches? Aquella noche Dave estaba abrumado, pensando en lo que tenía que afrontar al día siguiente, cuando se viese con su hermana. Estuvo en varios clubs, y tú siguiéndolo. Perdiste su pista en un momento en que un coche de alquiler no acudió a tu llamada… Y Dave vino aquí. A la media hora de haberlo tú perdido de vista, Dave estaba en esta misma habitación, conversando conmigo. ¡Era un gran charlatán tu amigo!

—¿Qué quieres decir?

—Que tu amigo sabía hablar. Únicamente le faltaba poner orden en los temas.

Eling se interrumpió para mirar a Bud con ojos de triunfo.

—Es un buen sitio para conversar. Detrás de cualquier biombo puede haber alguien especializado en la materia, o en cualquier rincón puede haber un micrófono que recoja todo lo que aquí se diga sobre “experiencias en nuevas armas”…

—¡Eling! ¡Si eso fuera cierto…!

Pero sabía que era verdad. Le bastaba con mirar a los ojos a

aquella mujer. El brillo de triunfo era cada vez más intenso, con raíces que procedían de lo más hondo.

—¡Esta era mi hora, Bud! Lo que Hoyoda se rebeló a hacer, lo que tú tenías la misión de evitar, lo produje yo, limitándome a presentarme ante tu amigo tal como soy... Él no vio en mi belleza nada maldito ni despreciable...

Siguió una prolongada pausa. Bud miraba obstinadamente un punto del suelo.

—¿Qué es lo que Dave *habló?* —preguntó, ronco.

—Todo lo que podía importar sobre la nueva arma... El espionaje con robo de planos y asesinatos, ha caducado.

—¿No cuentan las muertes que ha habido desde anoche?

—Nada tengo que ver en ellas.

—¿Y en lo del coche?

—No sé más que ocurrió un "accidente".

Bud prorrumpió en risa violenta.

—¡Un accidente con anestesia!

Refirió lo ocurrido. La atención que Eling le prestaba llegó a intrigarle. Parecía sincera en el interés que le demostraba.

Cuando terminó encontró a Eling profundamente preocupada.

—Lo del gas en el coche es un capricho de Darrow —dijo como si pensara en alta voz—. Pero yo al chofer no le había dado ninguna orden en ese sentido. Obró por su cuenta...

—¿Y el atentado contra el doctor Logan?

Eling lo miró con estupor.

—¿Qué atentado?

Bud prorrumpió, frenético:

—¡Deja de fingir! ¡Prefiero verte sincera en tu maldad, como cuando te referías a Dave!

Eling le dirigió una mirada lenta, triste.

—En ningún momento he dejado de ser sincera esta noche, porque es la última que tú y yo pasaremos juntos... —y con voz sorda—: Di qué le ha ocurrido al doctor.

Bud, con desgana, refirió lo sucedido en el laboratorio. Pero cuando aludió el cadáver hallado en el patio, al nombrar a Chiang Mung, Eling se transfiguró:

—¡Bud! ¡Asegúrame que no mientes...!

Se le acercó, agarrándolo de los brazos, pegando su cuerpo al de Bud, clavando su mirada en los ojos del hombre.

Se convenció enseguida de que lo que Bud acababa de decir era verdad. Y retrocedió, poseída del pánico.

—¡Bud! ¿Sabes lo que significa?

—Por desgracia, sí: que vuestra sed de crímenes es insaciable.

Ella no pareció oírle, aferrada a una sola idea.

—¡Es Darrow que está aquí! —prorrumpió, aterrorizada.

—Ya lo suponía —contestó tranquilamente Bud.

—¡Pero es tu muerte! ¡Darrow juró matarte!

—No le ha faltado ocasión.

Eling hizo un desesperado ademán. Enseguida, adoptando una actitud grave, le miró con amargura.

—No me crees, Bud... Y es porque no conoces a Darrow. Si él te busca no es para liquidarte con la prontitud con que se extingue la llama de una cerilla. Querrá torturarte, convertirte en un guiñapo y vengar en ti todos vuestros desprecios a *nuestra raza*...

Bud la miró fijamente.

—A *tu* raza querrás decir.

—Darrow no es un blanco.

Lo dijo tan sencillamente, que tal vez por ello impresionó más a Bud.

—¿Qué es entonces?

—Japonés... De niño sufrió una operación facial que lo transformó en hombre con rasgos occidentales. Asia sabe preparar pacientemente sus golpes.

Bud conocía casos, cuando estalló la Segunda Guerra, en que se descubrieron espías en centros vitales de la retaguardia aliada. Uno de ellos, en una fábrica de aviones de los Estados Unidos. Incomprensiblemente los modelos de aparatos recién proyectados llegaban a conocimiento del enemigo. Hasta que accidentalmente se descubrió que entre los técnicos había un nipón, desfigurado por la cirugía estética y apoyado por una perfecta documentación de ciudadano americano.

—Tú conociste a Darrow en un suburbio de Hong-Kong. En un tiroteo con los que perseguías, tu coche fue incendiado. Darrow te sacó fingiéndose rival de la banda que te tiroteó, pero te mentía. Eran los suyos los que te acosaron. Luego pensó sacar partido de tu situación de policía. Por algún tiempo Darrow te consideró su mascota.

—¿Ya no?

—Desde que te fuiste de Hong-Kong te considera su hombre negro. El abrigaba la esperanza de captarte para su empresa...

Bud la miró incisivo.

—Entonces era secundando sus planes por lo que tú tratabas de envolverme.

—Por desgracia... te he querido de verdad. Aun ahora que te

detesto, no quisiera que Darrow se saliera con la suya. Me prometió que no te haría nada si yo conseguía los informes que Hoyoda se negaba a facilitar.

—Luego también Hoyoda actuaba en esta clase de asuntos.

—En el Japón, tras de cualquier piedra hay un espía y una sed de revancha... Occidente no sabe adónde se precipita desnudándose para adormecerse en “plataformas de espuma”.

—¿Por qué se negó Hoyoda a facilitar esos informes?

—Se enamoró de Dave... En el momento en que Dave ni siquiera se atrevía presentarla a su hermana como su mujer, Hoyoda no vacilaba en firmar con su negativa a facilitar esos informes, su sentencia de muerte. En eso estriba la diferencia de raza.

—¿Y por qué Darrow te da pavor?

—¡Yo no lo temo! —exclamó Eling, erguida, desafiante, mirando a los tapices—. Le arranqué la promesa de que nada haría si yo conseguía los informes, y no ha cumplido. A mí me interesaba que Dave viviera traidor a su patria, y tú presenciando su derrumbe. Darrow ha faltado a su promesa al atentar contra ellos.

—Quizá fue Nohiro.

—Nohiro es incapaz de mover un dedo sin el permiso de Darrow. Es el jefe supremo...

—¿El “2-N”?

—El “2-N”, con personalidad determinada, no existe Esta casa de baños, cualquier frágil “Miss Oriente”, es una partícula del “2-N”. Yo también lo soy. Y los diplomáticos, los banqueros, los militares norteamericanos que llegan a esta casa a limpiar su piel y a ensuciar su alma...

En aquel momento se produjo un apagón. Instintivamente Bud se agachó al tiempo que se dirigía al sitio donde estaba Eling. Ella también había hecho lo mismo. En la oscuridad las manos se enlazaron. Las de ella temblaban.

—¡Es Darrow! —murmuró ella.

Bud se apresuró a empuñar la pistola.

—Indícame una salida.

—Será inútil. Darrow conoce todos los conductos.

—No importa. Señálame el que menos pueda figurarse...

—¡No salgas, Bud. ¡Te matará!

Yendo casi a rastras sobre el suelo cubierto de esterillas, llegaron a la puerta por la cual entró Bud un rato antes.

En el momento en que procedían a abrirla, la luz se encendió. Eling, aterrorizada, miró a su alrededor, y nada anormal advirtió.

Bud se puso de pie y en cuatro zancadas se situó en el otro

extremo de la habitación donde estaba la disimulada puertecita por dónde entró Eling. Permaneció unos momentos tanteándola.

—¿Cómo se abre? —preguntó en voz alta.

Eling le indicó con un gesto de alarma que callara. En unos instantes Eling se había convertido en una niña llena de temores absurdos.

Por primera vez desde la noche anterior, se miraron con mirada cálida, humana. Bud sintió que la prevención que había tenido hasta entonces contra aquella mujer, se desvanecía a impulsos de algo todavía muy vago: tal vez lástima; quizá algo de afecto.

Se acercó a ella. Eling permanecía arrimada a un tabique, inmóvil, el blanco cuerpo levemente difuminado por el Chitón de seda.

—Llévame adonde esté Darrow —pidió Bud, procurando un tono convincente.

—Lo ignoro. Esta casa es inmensa y tiene sitios de escape imposibles de controlar. Si Darrow está aquí, nos estará oyendo. Y él tiene la ventaja de poder elegir el momento para asestar el golpe.

—Pero se ha confiado demasiado —contestó Bud—. Ha habido un apagón que habrá movilizado a los míos.

Eling no hizo mucho caso, creyendo que era una estratagema de Bud, demasiado inocente para un enemigo como Darrow.

—Mírame a los ojos. Eling. No sé hasta dónde llegan tus facultades para fingir. Pero yo creo que nunca como esta noche nos hemos mirado con más sinceridad.

—Nunca te he hablado con mayor verdad que esta noche, Bud. Ni nunca te he detestado tanto.

Uno y otro, sin darse cuenta, como hipnotizados por el fragor y los remolinos de un torrente, aproximaron los rostros en un angustioso arrebato. Las bocas se buscaron, desesperadamente, conscientes de que se aproximaban a una felicidad que ya era imposible para los dos.

Se soltaron, más tristes, más angustiados que antes de la caricia. Entre ellos se interponía una muralla de muertos, más que una diferencia racial.

—No volveremos a vernos, Eling… Voy a intentar salir de aquí. Te sobrará tiempo para escapar…

Los dos volvieron al mismo tiempo la cabeza. Una “Miss Oriente” había surgido en la estancia y los miraba, inmóvil, la cabeza algo inclinada, el rostro maquillado, con rímel en los ojos que prolongaba su corte, el juvenil busto apenas cubierto por un leve tul, el Chitón, muy corto, dejando al aire unas piernas de

estilizado trazo.

Los dos se quedaron mirándola. "Miss Oriente", con los brazos cruzados sobre el pecho, fue deslizándose hacia ellos.

Eling y Bud, los dos al mismo tiempo, ahogaron una exclamación. Ante ellos tenían a Ruth.

—El coronel teme que si fuerza la entrada... ustedes se pierdan —susurró Ruth.

—¿La envía él? —preguntó Eling.

—Yo me he ofrecido a venir.

Eling la comprendía mejor que Bud. Había algo más que un afán de ayudar a la policía.

Era la respuesta de una occidental a la enervante belleza de Oriente. Durante unos segundos las dos mujeres estuvieron mirándose, midiéndose.

La finura de miembros, sus nervudas piernas, la arrogancia de sus senos pequeños, la leve anchura de las caderas, la alta y estrecha cintura, fue captada y comparada por Eling. Pero era en los ojos verdes, en la fuerza con que miraban, donde Eling se sintió en inferioridad. Abrasaban, envolvían, pidiendo desquite.

—Traigo un arma —murmuró Ruth.

—¿Desde cuándo nos está escuchando? —preguntó Bud.

—Desde que hablaron de mi hermano —miró a Eling—. No la culpo. Usted es muy hermosa... y mi hermano era muy débil... No la culpo —repitió, con una inflexión en la voz que apuntaba un sollozo.

Bud lo intuyó, antes que oír un ruidillo en un tabique. Y extendiendo los brazos, abarcó en ellos a las dos mujeres y las empujó a un ángulo de la habitación donde un mueble podía servir de defensa.

Allí se ovillaron los tres, Bud delante, con la pistola en la mano.

—"¡Estáis rodeados!... ¡Procurad que los vuestros no tengan prisa por llegar! ¿Me oyes, Bud?... ¡Acaricia a las dos!... Te concedo ese tiempo... Las dos son hermosas..."

Se oyó una carcajada. La voz había sonado desfigurada, pero Bud y Eling la reconocieron enseguida: era Darrow.

Tras el primer momento de sorpresa, Bud desistió de buscar la mirilla.

—¡Bueno, Darrow! ¡Por fin asomas! ¿Desde cuándo nos estás observando?

—"Desde el principio... Nunca imaginé que dos ratas dentro de un cubo fuese un espectáculo tan interesante... Ahora son tres ratas..."

—¡Vamos a lo que importa, Darrow! ¡Sé que me buscabas y he venido a tu encuentro!… ¿Por qué no discutimos nuestras diferencias de hombre a hombre?

—"Todo llegará, Bud…"

De pronto se oyó un carraspeo en un altavoz situado en un ángulo del techo. Darrow se alejaba, pero siguió hablando.

—"…Me interesa ahora ocuparme de Eling… ¿Por qué has elegido la "Plataforma de Espuma" para hacer esas revelaciones?… ¡Eres sádica, pequeña! Tú sabías que yo te escuchaba… Como Hoyoda, firmas tu sentencia junto con la del "amado" —otra vez se oyó su risa—. Me temo que al final ganen los blancos la batalla. Han contagiado a nuestras mujeres su decadencia.

Eling se volvió hacia la parte en que sonaba la voz. Miró, desafiadora, hacia aquel punto.

—¡No me reproches nada, Darrow! ¡Tú eres quien ha dado los primeros pasos en el camino de la traición! Me prometiste no tomar represalias contra Hoyoda…

—"¡Nada de eso es cierto! Nohiro cargaba con la responsabilidad. El despreciaba a su hija y se sacrificaba voluntariamente… La complicidad del chófer quedó borrada con la muerte del doctor…"

—¡Eso no ha hecho más que proclamarla con más fuerza! —replicó Bud.

—Logré los informes, Darrow —dijo sombríamente Eling—. Y no irán a tus manos.

Siguió un silencio. Bud cogió con una mano un hombro de Eling, y la miró de frente.

—¿Dónde están?

—En el mismo sitio que los conseguí: en esta habitación —contestó sencillamente, sin el menor asomo de teatralidad.

—¡Destrúyelos!

—Antes le pondremos condiciones a Darrow. Que os dejen salir y los informes irán a su poder.

—¡No! —exclamó Ruth, saltando al centro de la habitación—. ¡Prefiero morir…!

Casi estaba desnuda. El Chitón transparente no hacía más que poner un halo de niebla en parte de su figura.

—Dime dónde están antes de que sea demasiado tarde —pidió Bud.

Eling sostuvo unos momentos la mirada de Bud. Los ojos negros, de trazo oblicuo, adquirieron un brillo intenso. En los labios temblorosos, se trazó una suave sonrisa.

Miró a Ruth. En los luminosos ojos verdes vio firmeza, pasión, deseos de vivir y de morir, el mismo caos que ella sentía.

—Si lo deseáis así… —echó a andar hacia un ángulo de la habitación. En el techo se oyó un duro chasquido.

—¡Cuidado, Bud! —advirtió Eling—. ¡Darrow viene!

—¡Los informes, Eling, no te preocupe lo demás! —dijo Bud.

En dos saltos se había situado al lado de ella. Eling, tranquilamente, con una serenidad de muerte acababa de prender fuego al infernillo de una tetera que había encima de un taburete.

Ruth se les unió, y durante unos instantes los tres parecieron estar presenciando una sagrada ceremonia. La llama azulada asomaba por los agujeros de la rejilla. Eling quitó el envase que había encima y lo volcó sobre la llama.

Cayó un pequeño papel doblado que inmediatamente empezó a arder.

En aquel momento, por la puerta que menos esperaba Bud, apareció un hombre de mediana estatura, cara ancha y rojiza, y ojos pequeños.

—¡Quietos! ¡Deja caer el arma, Bud! —gritó, apenas abrió la puerta.

Bud miró a Ruth. Y dejó caer el arma, procurando que quedara en el centro de la habitación.

Fue volviéndose, hasta quedar de cara a Darrow. Este torció la boca, sonriendo.

—Acepto las condiciones. Los informes, a cambio de vuestra salida.

—¿Crees que debemos fiar de tu palabra? —preguntó Bud.

—¡Qué remedio os queda!

—Nunca te he tenido por un cobarde, Darrow. Has pedido que dejara caer el arma. ¿Por qué no guardas la tuya?

En los ojillos de Darrow había un brillo de alegría demoníaca. La pistola que sostenía con la derecha giraba a un lado y otro.

Eling y Ruth habían empezado a replegarse hacia el mueble donde antes estuvieron ovilladas.

Ruth iba angustiada por la preocupación de que Bud no le hubiese entendido. Sabía que él la interrogó con los ojos sobre el arma que ella dijo llevaba al aparecer en la habitación.

Ella entendió que él le pedía que la recogiera, o que se situase junto al sitio donde la hubiese escondido. Y eso hacía… Pero ¿la había entendido él?

—Me guardo la pistola —dijo Darrow, metiéndosela en la sobaquera.

Se quedó mirando el arma que había quedado en el centro de la habitación. Avanzó unos pasos.

Entonces Bud hizo un movimiento. Darrow lo interpretó como que iba a inclinarse sobre la pistola que había quedado en el suelo y dio un salto, colocando un pie sobre el arma.

Pero se encontró con que Bud, en vez de avanzar hacia el centro de la habitación lo que hizo fue retroceder hacia el sitio donde estaban las dos mujeres.

—¡Dispare, Bud! —gritó Ruth, dándole el arma.

Bud lo que hizo fue saltar de costado, para alejarse y dejarlas fuera de la línea de tiro.

Darrow había retrocedido hacia la puerta que se acababa de abrir. Mantenía los brazos en alto, pero Bud advirtió la maniobra. Detrás de Darrow había otros dos hombres, armados.

Bud disparó hacia ellos, sin rozar a Darrow. Este, viendo que no podía quedar al margen, introdujo la mano en la sobaquera, aullando.

Durante unos segundos las detonaciones y silbidos de las balas ahogaron las exclamaciones de cólera y los quejidos.

Eling había saltado al centro de la habitación para recoger el arma que tiró Bud. Y disparando, fue encogiéndose. Ruth se echó sobre ella y fue retrocediendo, llevándola consigo, mientras Bud se situaba delante de las dos, disparando hacia la puerta.

Darrow había caído cruzado en el umbral. Otro individuo se había desplomado fuera.

Seguían los disparos de más individuos, pero ninguno osaba asomar en la puerta.

Bud sintió un mordisco en un costado, al tiempo que detrás de él oía un leve gemido. Era Ruth. Pero la muchacha siguió arrastrando a Eling, hasta que llegaron al mueble que les servía de parapeto...

Poco a poco los disparos que venían de fuera fueron siendo menos, con pausas más prolongadas.

—Los informes... —murmuró Eling, aprovechando un silencio— no existían... Dave... no habló...

Bud, la misma Ruth, sospecharon que mentía. La muchacha, con los ojos llenos de lágrimas, musitó:

—Gracias...



8'15

—¡Usted no es más que un cobarde!

CAPÍTULO VIII

El apagón se produjo en todo el bloque de casas en el que se hallaba comprendido el edificio de los baños.

Fue producido por personal a las órdenes del coronel Fadner. Apenas duró un minuto, y cuando las luces volvieron a encenderse, los empleados de la casa no repararon en que algún que otro caballero, vistiendo al desgaire un correcto frac, con la cabeza algo despeinada, celebraban con voz de embriaguez la vuelta de la luz.

Algunos de estos caballeros, cogiendo de la cintura a cualquier "Miss Oriente", se perdían por los corredores, deteniéndose a los pocos pasos, para reír, oscilando la figura, como si no pudieran con la bebida que al parecer llevaban en sus cuerpos.

Esta payasada no era más que una consigna para que el personal a las órdenes del coronel pudiera recorrer distintos departamentos, sin separarse mucho unos de otros.

Cuando sonaron los disparos hacía apenas un par de minutos que los "alegres" clientes había cruzado aquel corredor. La orden del coronel era no intervenir antes de que Darrow saliera de su madriguera. El edificio estaba cruzado de conductos subterráneos.

El coronel fue de los primeros en llegar al sitio del tiroteo. Las armas intervinieron en el momento oportuno, cogiendo a la mayor parte de los cómplices de Darrow en la boca de los conductos, en la duda de hacer frente o emprender la retirada.

Para entrar en la habitación donde se encontraban Bud y las dos muchachas, el coronel tuvo que saltar sobre los dos muertos que había en la puerta.

Un reguero de sangre señalaba hacia el final del corredor, otro cuerpo tendido. Era Darrow, que había ido deslizándose, dejando una marca de sangre.

Todavía alentaba cuando el coronel lo examinó. Y dio órdenes para que se lo llevaran.

En la habitación, Bud se encontraba sentado, sosteniendo contra su pecho el cuerpo de Ruth. A su lado estaba Eling, muerta.

—¿Por qué se ha prestado a esta locura? —preguntó Bud, mirando duramente al coronel.

—Se me escapó... Y en cierto modo usted tiene la culpa. Parece que no fue muy amable con ella.

—Tampoco ella conmigo. No hicimos más que decirnos las

verdades…

Ella estaba inconsciente. Fue envuelta con un batín y trasladada a la ambulancia.

—Está herido —observó uno de los agentes, señalando un costado de Bud.

—No es nada.

No quería perderse la redada que se estaba efectuando. Pero existían demasiados ramales y Bud tuvo que retirarse cuando ya empezaba a amanecer.

Cuando ingresó en el hospital, mientras lo curaban, fue informado del estado de Ruth.

El disparo le había atravesado la parte inferior del pecho, en el lado derecho.

—¿Grave?

—Sí… Pero confiamos en la vitalidad de esa muchacha.

Bud apretó los dientes. Y otra vez rechinó contra el coronel.

Terminada la cura, el doctor dijo:

—Hay algo que le sorprenderá… ¿Quiere acompañarme al depósito?

Por el camino le refirió:

—Teníamos en el quirófano a esa señorita… y a Darrow. Este había muerto…

Dijo que en el momento en que iba a expirar se le escapó un grito de terror que dejó a todos inmóviles. Quedó como petrificado, yerto sobre la mesa.

A partir de aquel momento todos se ocuparon de Ruth. En el silencio que reinaba en el quirófano, irrumpió una exclamación de terror, idéntica al grito que emitió Darrow.

Todos se volvieron a mirar al que había gritado. Era un practicante novato. Y lo vieron señalando a la mesa de Darrow: "¡Su rostro cambia!… ¡Es un japonés!… ¡Es un japonés!…"

Cuando Bud llegó al depósito y vio el cadáver, no hizo el menor gesto de asombro. Más bien pareció tranquilizado. "Este no era mi amigo Darrow", dijo para sí, como liberándose de una carga.

Pensó en los hombres caídos en la persecución de aquel individuo. Y un nombre acudió a sus labios. El nombre de un hombrecillo de sonrisa perenne, ya muerto.

—El inspector Graven tenía razón cuando dijo que el agente "2-N" era un hombre —murmuró Bud. Y después de una pausa, agregó—: Pero no tenía la cara que él le suponía…

A mediodía entró en el cuarto donde estaba Ruth. Solo pudo mirarla. La muchacha permanecía con los ojos cerrados, muy

demacrada, la respiración débil.

Así estuvo dos días. Mientras tanto, la policía daba batidas en los sitios más insospechados.

Se detenían a muchos cómplices, pero cada vez aparecían más ramales.

Cuando Bud fue al despacho del coronel Fadner, lo encontró como haciendo frente a un alud que amenazase aplastarle.

—¡Terminaré loco, Bud! ¡Esto es una jungla!... ¡Estoy agotado...!

—Pero algo se ha conseguido.

—Sí. Por lo menos hemos evitado que el informe del nuevo reactor pasase a conocimiento del enemigo. Hemos encontrado entre los papeles de Darrow llamadas para que ese informe fuera conseguido... Hemos logrado también desenmascarar a algunos agentes que se llevaban un doble juego. Algo es algo... ¡Pero la tarea que nos queda es inmensa, abrumadora...!

Bud asintió con movimientos de cabeza.

—El problema no es solo cuestión de policía, ni de fuerza —murmuró Bud—. Cuestión de tiempo... Dejar que el torrente ruede las piedras y las pula.

—¿Qué piedras?

Bud sonrió.

—Me refería a los prejuicios de raza... Hay que dejar al tiempo y a la buena voluntad, para que laboren.

Siguieron charlando. De pronto el coronel dijo:

—Aquí hay un permiso para usted. Y una propuesta de ascenso.

—Deje de lado el ascenso. Pero sí quiero el permiso... ¿Por cuánto tiempo me lo dan?

—Indefinido.

Después de un silencio, preguntó:

—¿Puedo trasladarme adonde quiera?

—Naturalmente, siempre que no sea a zona enemiga.

—A mi país.

—Ya. Dentro de tres días Ruth saldrá en avión... ¿Quiere viajar en el mismo aparato?

Bud asintió con un movimiento de cabeza.

El día antes de la salida, Bud fue a ver a Ruth. Ella lo acogió con una sonrisa.

—Creí que me había olvidado —murmuró.

—Temí molestarla.

Los ojos de Ruth se hincaron en los del hombre.

—Sé que fue un leal amigo de Dave. Sé que le herí...

—Olvide todo. Me han dicho que mañana sale para Washington.

—Sí —no parecía contenta.

—Dispongo de un permiso indefinido. Yo salgo también mañana para nuestro país.

Ella hizo ademán de incorporarse, los ojos llenos de luz.

—¿De veras?

De pronto, esa alegría pareció nublarse.

—¿Qué le ocurre?

Tardó en contestar.

—Va… reclamado por sus jefes, ¿verdad?

—No. ¿Por qué piensa eso?

—Van a interrogarle sobre mi hermano…

Bud movió la cabeza, negando. Y se inclinó sobre ella, cogiéndole una mano.

—El Departamento no ignora nada de lo que ocurre. Se cuenta siempre con fallos humanos… La misión de los jefes de Dave era relevarlo a tiempo. Estuvo demasiado en este clima exótico… ¿Y quién puede tirar la primera piedra?

Al día siguiente los dos contemplaban el Japón desde la altura.

—No hace mucho, volcábamos nuestra metralla sobre esta tierra, y ellos sobre la nuestra… Todavía es demasiado pronto para olvidar —dijo Bud.

Instintivamente se buscaron las manos y los dos se miraron.

Mirándose, se decían: “Hace muy poco, tú y yo solo éramos odio”.

Siguieron con las manos cogidas. Y Bud fue inclinándose sobre el rostro de ella.

Ruth adivinó lo que iba a hacer. Y no le esquivó.

Después de besarse, los dos se volvieron a mirar la tierra encendida de pasiones. Pero ya había desaparecido.

Solo quedaba la lámina tersa del mar, dando verdor a los ojos de Ruth…

FIN

Cada página es una sorpresa.
Cada línea una escena emocionante.

Clark Carrados

LA DAMA DEL ASPA ROJA

(Extra)



Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio.
12 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



CRIMEN, S. A.

Mil crímenes impunes en diez años

LA MAFIA

Una hermandad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGIA DEL CRIMEN

Los más famosos crímenes de nuestra época

T MEN

Hazañas de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "casos" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MI REINO

Memorias del jefe de Policía de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago

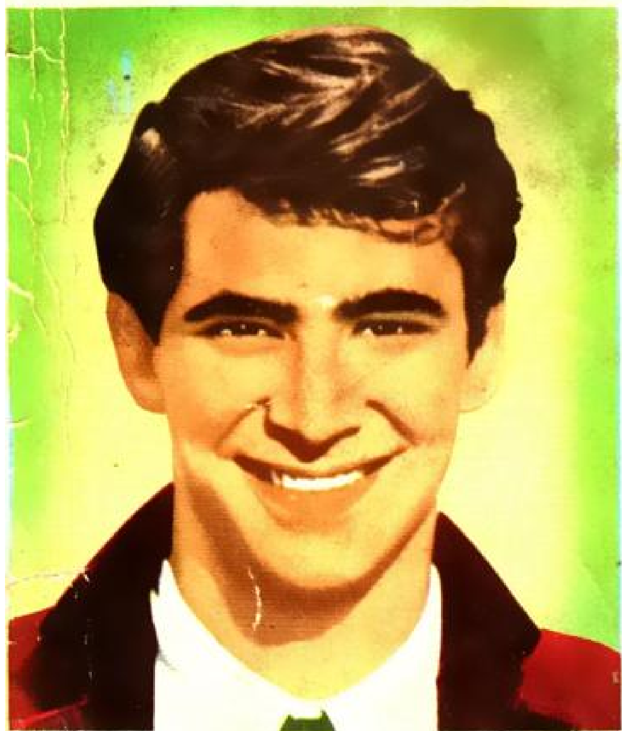
CIRCULO ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Tony Perkins

Conocimos a este joven y ya famoso astro del cine norteamericano, en "La hora final". Tuvimos ocasión de verle recientemente en una gran creación en "Psicosis". Su gran popularidad lo ha colocado en la cumbre de los "grandes" de Hollywood.





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain N.º 145